

Natalia

sobre
ruedas



ELSA TABLAC

Contenido

[Créditos](#)

[Natalia sobre ruedas](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[Sobre la autora](#)

[Newsletter](#)

[Otros títulos](#)

NATALIA SOBRE RUEDAS

Primera edición: Marzo 2020

Copyright © Elsa Tablac, 2020

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

Natalia sobre ruedas

Trish Cosmetics #1

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

Natalia no pudo —ni quiso— disimular su disgusto, y sobre todo su incredulidad, al ver el café desparramado sobre su camisa favorita de Marc Jacobs por culpa de, según explicaría unos minutos después, un “zángano con monopatín”.

Se había detenido cinco segundos en uno de los bancos de la plaza Universidad para buscar un bálsamo labial en su bolso cuando ...Wooooossh!!!... un susto monumental provocó que el café que sostenía en la mano izquierda, mientras buscaba con la derecha en el bolso y sostenía el teléfono móvil entre la oreja y el cuello, diese al traste con la preciosa camisa de seda azul.

Si King Kong la hubiera agarrado con su mano peluda y gigante y la hubiese elevado hasta el cielo el grito hubiera sido más discreto. El vaso de cartón salió volando por los aires. Miró a su alrededor, buscando al culpable de aquel desastre. Oyó un sonoro lamento a su espalda:

—¡Oh, no! ¡Lo siento tanto! Déjame que te ayude. ¡Te juro que no te he visto!

Se giró dispuesta a armar bronca y por un momento fue consciente de que el cabreo se aplacaba debido a que el chico con el que había chocado era demasiado guapo para ser real. ¿El chico? No. El hombre. Contempló con la boca abierta cómo delante de ella, subido en un monopatín y vestido como un veinteañero, podría estar perfectamente el hombre de sus sueños, si no fuera por lo aparatoso de la situación y por aquella ridícula vestimenta. Al cabo de unos segundos Natalia recobró el sentido común y el enfado se asentó bien en sus ojos.

—¿Es que no miras por dónde vas?

El chico-hombre agarró el cuello de su camiseta y escondió dentro la mitad de su rostro. Bajó de la tabla, la pisó enérgicamente para cogerla con su mano derecha y se acercó hasta su posición caminando.

—No te he visto, de verdad. Lo siento muchísimo. Tu café...

Natalia ya había desconectado de su lastimera disculpa, preocupada por el estado de su camisa.

Realmente nadie se muere por tirarse un café encima de una camisa de seda, por muy Marc Jacobs que sea. El problema era que tenía una reunión importante en la oficina a las once en punto. Buscó unos *kleenex* en su bolso para, al menos, secarse. Ni cabe decir que el perfume también estaba arruinado.

El “monopatinador” no perdió el tiempo:

—Te invito a otro café.

—Ni lo sueñes.

—Por favor, ¿qué puedo hacer para que me perdones?

—Para empezar, mirar por donde vas. Podría haber sido un niño o una anciana, y te los hubieras llevado por delante. Has tenido suerte.

Él sonrió al percibir su súbito acaloramiento. No tenía sentido ponerse roja después de que todo hubiera pasado.

—¿Te hace gracia? —preguntó Natalia.

—La verdad, sí. Un poco. Es que si somos un poco rigurosos... el café te lo has tirado encima tú solita. Yo no te he tocado.

Esto era cierto. Técnicamente. Mientras Natalia escuchaba el audio de Whatsapp de Mónica, sostenía el café y revolvía en el bolso apoyada en el banco de piedra a él no se le había ocurrido otra cosa que saltar con su tabla con ruedas sobre la superficie y deslizarse por él delante de sus narices, sobresaltándola.

Natalia soltó un gruñido contundente y rabioso. No tenía más tiempo que perder allí, aunque su inconsciente, tenía que reconocerlo, buscaba frenéticamente una excusa para quedarse unos segundos más a su lado. Guardó el teléfono en el bolso, tiró los pañuelos en una papelera cercana y le dio la espalda.

¡Como si eso fuera a detenerlo tan fácilmente! Él ya se había subido de nuevo a su tabla con ruedas y la acompañaba a poca distancia como un insecto molesto. Natalia lo observó de reojo. Ni de coña aquel tipo era un postadolescente. Debía tener más o menos su edad, más de treinta años seguro. Y la triste realidad era que estaba sobre un monopatín en una plaza céntrica y semidesierta a las nueve de la mañana de un lunes.

—Me inquieta mucho que te vayas sin perdonarme —tuvo el morro de decirle.

Natalia lo miró, alucinando. Y entonces sí le pudo echar un mejor vistazo. Era muy alto, debía medir cerca de uno noventa. Debajo de aquella ropa ridícula tenía toda la pinta de esconderse un cuerpo estupendo. He aquí uno de los detalles que le tiraba para atrás: llevaba doble camiseta. Manga larga debajo, blanca y manga corta encima, negra, pero bien remangado hasta el punto justo de poder apreciar su apetitoso tono muscular. En la espalda, el horror: una mochila.

Natalia apartó la mirada y se enfocó en el camino. Solo le faltaba tropezarse con los taconazos y amplificar el desastre. La oficina estaba a apenas diez minutos a pie y ahora tenía que encontrar una camisa nueva además de revisar el contenido de su reunión. Y por supuesto que necesitaría una nueva dosis de cafeína.

—Entonces, ¿lo del café? ¿lo descartas? No hace falta que sea hoy...

—¿Es que no aceptas un NO por respuesta?

—Claro que lo acepto. Pero estoy convencido de que debe ser muy interesante tomarse un café contigo...

—Este patético intento de ligoteo llega en el peor momento posible. Eres consciente, ¿no? Él se rio.

—Ningún momento es malo.

—Si me disculpas, ahora tengo que ir a trabajar. Sí. Algunas trabajamos. ¡Y como comprenderás no me apetece que me vean contigo!

—Yo también estoy trabajando.

—No me hagas reír, por favor. Estoy demasiado mosqueada.

Qué guapo era el condenado y cómo la estaba sacando de sus casillas. Tenía el pelo rubio oscuro y los ojos de un color azul turbio bastante intenso. Llevaba una barba de tres días y ese bronceado tan poco uniforme típico de la gente que se pasa el día en la calle.

—¿Cómo te llamas? —insistió él.

—¿No eres un poco mayorcito para ir subido en un monopatín?

—Tal vez debería ofrecerte una camisa limpia en lugar de un café. Tengo una en la mochila.

Tanteó el bulto amorfo que llevaba a la espalda. Aquella conversación no tenía pies ni cabeza, y por alguna razón ninguno de los dos separaba su camino del otro.

—No hace falta, gracias.

Él se detuvo en seco y volvió a pisar su tabla.

—¡Mi nombre es Álvaro! —le dijo, mientras ya se quedaba atrás—. ¡Nos vemos otro día, entonces!

Se giró para admirarlo por última vez. La semana no podía empezar de una forma más surrealista. Rápidamente Natalia corrigió aquella media sonrisa que se le había dibujado sin querer en el rostro. No quería que aquel molesto desconocido supiese que su enfado había durado exactamente tres segundos: el tiempo que tardaron sus miradas en cruzarse.

—¡Olvídalo! —le gritó, mientras seguía avanzando.

—¡Pero ten cuidado! —contestó él, llevándose las manos a la cabeza.

Esta vez sí consiguió esquivar un atropello real. Un ciclista le echó la bronca ya desde la distancia por no mirar por donde iba. Natalia volvió a gruñir.

—¿¿¿Es que en esta maldita ciudad ya nadie camina!!??

Se giró para ver si el guapo *skater* acudía en su ayuda, pero el muy capullo ya había salido rodando de vuelta a la plaza, probablemente a seguir molestando a algún incauto transeúnte.

Venga, lunes, pensó Natalia, ¿algo más para mí esta mañana? Dámelo ahora. El día ya no puede ir a peor.

CAPÍTULO 2

Por supuesto que el lunes siempre puede ir a peor. Ni lo dudes. Y para Natalia esto se confirmó al abrir la puerta de la oficina y comprobar que nadie del equipo había aparecido por allí, a pesar de que ella misma llegaba tarde. Era la directora de la sede española de Trish Cosmetics, una firma de cosmética canadiense que empezaba a despuntar en Europa y que poco a poco se iba afianzando en el mercado. Tenía a su cargo un equipo de doce personas, en su mayoría bastante joven, debido a que la casa madre quería “sangre *millennial*” y gente que se moviera como pez en el agua en las redes sociales. Eso tenía su contrapunto: les gustaba demasiado salir de fiesta y los lunes se notaba en la oficina.

El cuidado de la piel, especialmente la del rostro, siempre había sido la gran pasión de Natalia y nada la había detenido hasta que logró convertirlo en su profesión. A sus treinta y cinco años era una de las profesionales más respetadas del sector, algo chocante teniendo en cuenta su aspecto, ya que debido a ese cuidado casi obsesivo que jamás se saltaba, día y noche siete días a la semana, parecía tan joven como cualquier integrante de la “guardería Trish”, que era como su amiga Mónica llamaba a su oficina.

Avanzó hacia su despacho acristalado, casi mareada por el intenso olor a café que despedía su camisa. En aquel momento vio a Lucas, su asistente, saliendo de la pequeña cocina. Generalmente Lucas le decía todos los días lo fabulosa que estaba y alababa con increíble exactitud alguna de las prendas o complementos que llevaba —una razón tan buena como otra para animarla a renovar su contrato—, pero ese día soltó un grito de horror nada más verla aparecer con el manchón de café. Porque sí, amigas, Lucas ya había visto a cinco metros de distancia que aquella fabulosa camisa de Marc Jacobs había pasado a mejor vida.

—¡Lo sé! —contestó Natalia—. No hace falta que digas nada. Pero no te vas a creer la mañanita que llevo. Y no son ni las diez.

Lucas soltó la taza de té verde que acababa de servirse y corrió a consolar a su jefa y escuchar un buen drama matutino, algo para lo que siempre estaba dispuesto.

—¿Esa es la camisa nueva de Marc Jacobs?

—Era. Tengo una hora para conseguir otra blusa decente —Natalia consultó su reloj. Las tiendas de moda de la zona abrían a las diez—. Voy a necesitar tu ayuda y tu buen gusto, porque los proveedores llegan a las once en punto y tengo que pulir algunas partes de la presentación, así que no voy a tener tiempo para ir a comprar otra. Esa va a ser tu principal misión de hoy.

Se llevó la mano a la frente.

—Claro. Ni te preocupes. Pero, ¿qué ha pasado?

—Un sujeto con un monopatín ha decidido que era una buena idea saltar sobre el banco en el que estaba apoyada mientras hurgaba en mi bolso, así, de buenas a primeras. No lo he visto venir y el café ha salido volando.

—No te creo.

—Tal cual.

—No puedo con los niños.

—En fin, lo más urgente es conseguir una nueva camisa. Qué mala pata que justo ayer me llevé a casa las dos que recogimos en la tintorería.

—Recogí —puntualizó Lucas. No se olvidó de subrayarlo con una sonrisa sardónica—. Entonces, ¿Mango? ¿Zara?

—Sí, lo que sea. ¡Qué remedio!

¿Cuánto tiempo tardarías en olvidarte de la cara de ese irritante tipo que ha destruido una de tus mejores camisas? ¿Una hora? ¿Cinco? Porque Natalia apagó las luces de la oficina a eso de las siete de la tarde y aún seguía pensando en sus ojos azules.

CAPÍTULO 3

El día, como ya apuntaba desde primera hora de la mañana, no había ido precisamente a mejor. La reunión con los proveedores, a pesar de haber solucionado *in extremis* el asunto de la supermancha, no había salido todo lo bien que cabía esperar. Eran una pareja de comerciales muy bregados en lo suyo, pero poco dados a experimentar y a entender el revolucionario producto que Natalia pretendía implantar en los lineales de las principales tiendas de cosmética del país. De hecho, se emplazaron a una nueva reunión en solo una semana, donde esperaban tener muchos más datos que los que Natalia les había aportado en un primer momento. Ellos eran el enlace entre Trish Cosmetics y las tiendas y necesitaban entender con toda exactitud qué iban a vender. Un mal más que necesario.

Natalia llegó a eso de las ocho a casa, y acusó el remordimiento por no haber ido al gimnasio al salir de la oficina siendo lunes, tal y como se había propuesto el uno de enero. Su hora de salida “oficial” era las seis de la tarde, y la idea era aprovechar esas dos horas antes de la cena para hacer un poco de ejercicio todos los días. Pilates, una clase de *body pump*, yoga, o simplemente subirse a una máquina elíptica y perderse en sus pensamientos durante cuarenta minutos. A veces se perdonaba a sí misma y simplemente regresaba caminando a casa. Era una media hora larga de paseo por algunas de las calles más animadas de la ciudad. Esto tampoco era lo idóneo, porque solía pecar entrando en alguna tienda o premiándose con un *croissant* de jamón y queso, lo cual solía trastocar su apetito de cara a una cena sana y ligerita.

Pero ese lunes había decidido que tenía el día cruzado y que no estaba de humor para acudir al *gym*. El paseo, por desgracia, tampoco era una opción. Aquellos tacones pretendían asesinarla y de ninguna manera sería capaz de caminar media hora sin notar los estragos en sus pies durante el resto de la noche.

Había observado a Lucas por encima de la pantalla de su ordenador a última hora de la tarde —jamás osaba irse de la oficina antes que ella—, y había considerado seriamente la opción de enviarlo a comprarle unas bailarinas de emergencia. Pero, ¿dos veces en un mismo día? Tal vez aquello ya sería pasarse.

Una cosa positiva de aquel condenado lunes era que Mónica iba a ir a verla a casa para cenar con ella. Esa perspectiva la animó enseguida. Aquella mañana no habían podido terminar su conversación debido al incidente con el café, pero Mónica siempre tenía noticias jugosas los lunes, gracias en gran medida a su intensa actividad en el mundo de las citas, al que se entregaba en cuerpo y alma los fines de semana.

Se conocían desde hacía solo un par de años pero se habían hecho íntimas. Mónica era dermatóloga. Estaba especializada en el cuidado facial —se trataba también de su gran pasión—, y era una de las consultoras para la anterior empresa en la que trabajaba Natalia. Cuando surgió la oportunidad de Trish Cosmetics no dudó en contar con sus servicios de consultoría. En este tiempo, se habían hecho buenas amigas de una manera progresiva y muy natural.

La amistad se puede complicar a partir de los treinta años. La gente se dispersa, acepta

trabajos en otras ciudades, se empareja, se embaraza y en muchos casos deciden que se está mucho mejor en casa con la mantita viendo Netflix, por lo que dar con alguien nuevo con quien tienes tanto en común y además es tan divertida y despreocupada como la doctora Mónica Arqueros es un auténtico regalo. Además, Mónica siempre tenía la excelente idea de presentarse en casa con una botella de buen vino.

La excusa siempre era discutir algunas ideas para Trish Cosmetics, pero solían dedicar los primeros diez minutos de sus encuentros a hablar de trabajo y el resto a hablar de sus devaneos sentimentales. Mónica se había divorciado de un policía hacía dos años y solo recientemente había decidido que era una buena idea descargarse alguna aplicación de citas y ver qué había por ahí.

Natalia llevaba unos seis años sin una pareja estable, después de que su último ex, Carlos, aceptara una beca para trabajar como profesor en un instituto de Miami.

Lo que iba a ser solo un año de distancia pronto se convirtió en tres, y los vuelos sobre el Atlántico cada vez se espaciaron más hasta que se detuvieron del todo. En la última visita a Florida de Natalia tuvo lugar la debacle. Cuando bajó del avión y recuperó la cobertura en su móvil observó horrorizada un mensaje de Whatsapp en el que Carlos le contaba que lo mejor para ambos era darse un tiempo, ya que “la distancia lo estaba matando”. Así, literalmente. La hora en la que él había enviado el mensaje era muy reveladora: tan solo diez minutos después de darle un beso de despedida en la terminal del aeropuerto. Siete horas de vuelo de feliz ignorancia y el peor regreso a casa del mundo.

Desde entonces Natalia había tomado la firme decisión de centrarse en su trabajo y disfrutar de la soltería. En todo ese tiempo no tuvo un especial interés en salir con hombres de manera regular, más allá de esporádicos romances que duraban entre una noche y un mes, pero que podía contar con los dedos de una mano. Sus amistades y en especial su madre solían mirarla horrorizados cuando les comentaba de pasada que el “celibato” de los últimos meses la relajaba mucho más de lo que jamás hubiera pensado.

A las ocho y media, puntual como siempre, Mónica aporreaba su puerta con la botella de vino, cosa que jamás podría entender. No podía entender cómo no las rompía, y cómo no se arriesgaba a llamar al timbre como cualquier hijo de vecino.

—¡Servicio de habitacioneeeeees! —la oyó canturrear al otro lado de la puerta.

También era un misterio cómo conseguía siempre acceder al portal de la calle sin necesidad de llamar al telefonillo.

Natalia le abrió la puerta. A esas horas ya se había colocado una camiseta anchísima, unos *leggings* y unos absurdos calcetines de Bob Esponja con los que podía prescindir de cualquier calzado. También había retirado ya cualquier rastro de maquillaje de su rostro y había empezado su sagrado ritual de cuidado facial nocturno, que empezaba en el momento en que entraba a casa y terminaba aplicándose una mascarilla nocturna justo antes de hundirse en su almohada. Con intervalos de unos veinte minutos entre cada uno de sus productos —sus hermanitas, tal y como los llamaba— y que no necesariamente tenían algo que ver con Trish Cosmetics (su sucio secretito, aquel del que nunca hablaba en el entorno profesional).

La doctora Arqueros estaba impecable, con un *blazer* de color azul marino, unos ajustados vaqueros y unos botines granates que dada la admiración que despertaban debería sin duda utilizar más a menudo.

—Traigo cotilleos suculentos y un montón de *gyozas* —le dijo, agitando peligrosamente la bandeja envuelta en papel de plata delante de sus narices. El apetito de Natalia ya hacía mella, a pesar de que ya había hecho una visita a la nevera después de rociarse una buena nube de tónico facial.

Mónica no hizo referencia alguna al vino porque no hacía falta, ya lo daban por sentado. Se dirigió directa al salón y colocó la botella y las empanadillas japonesas entre el montón de revistas que la anfitriona acumulaba cada mes, con la esperanza de ponerse un poco al día de las tendencias del sector.

Las visitas nocturnas de Mónica no eran lo más normal del mundo, pero ambas habían acabado por acostumbrarse a aquellos horarios casi intempestivos. La doctora acudía muy poco a las oficinas de Trish ya que solían resolver casi todos los temas pendientes por email de manera bastante concisa.

—¿Qué tal todo por la guardería? —le preguntó la recién llegada.

Natalia regresó de la cocina con servilletas, un bol para la salsa de soja y un par de copas.

—Ummmm...un lunes sin más. Los comerciales de las Perfumerías Glass están siendo duros de roer. Hoy no he conseguido cerrar el acuerdo, volveremos a vernos la semana que viene.

—Si necesitas que te acompañe a la reunión...Avísame con un poco de tiempo y me reorganizo la agenda para ese día.

—Gracias, Moni. Lo tengo en cuenta...aunque no creo que haga falta. Tengo a las chicas trabajando en un nuevo canal de Youtube que está creciendo sorprendentemente rápido. No sé cómo lo hacen, te lo juro, pero ellas mismas han diseñado una especie de decorado en la oficina y allí se graban durante veinte minutos hablando de Trish y subiéndolo acto seguido a internet. No ha hecho falta ni mencionarlo en la reunión. Ellos mismos me han dicho que ya le habían hecho un vistazo.

—Esta gente joven da asco —dijo la doctora, levantando su copa para brindar por el talento *millennial*—. ¿Alguna otra novedad interesante?

Natalia levantó su copa para encontrarse con la de la doctora. Lo primero que le vino a la mente, sin poder esquivarlo de ninguna forma, fue el guapo desconocido con el que había tenido el desencuentro esa misma mañana. Se enfurecía con tan solo pensarlo y sin embargo a aquellas horas de la tarde la camisa arruinada había desaparecido por completo de su pensamiento. Pero él persistía. ¿Por qué?

Observó a Mónica mientras intentaba pescar con los palillos de madera una de las *gyozas* que nadaban en la salsa de soja. De repente le pareció un poco lamentable que aquella débil interacción con el tipo del monopatín fuera de lo más destacado de su día, sobre todo porque no había ido a más y porque lo que fuera que la doctora iba a contarle a continuación (sus famosos “cotilleos”) sería sin lugar a duda mil veces más interesante que lo suyo. Más interesante y sobre todo más real. Y por si fuera poco, era cien por cien consciente de que le caería bronca por no haber aceptado la invitación del chico y haberse largado de allí con su camisa manchada y un visible cabreo que tardó menos de lo esperado en disiparse.

Se encogió de hombros.

—Nada del otro mundo.

—¿Y este finde?

—¿Este finde qué?

—¿No has salido?

—No, me traje trabajo a casa y me absorbió un poco.

Mónica soltó la copa y respiró hondo, como siempre hacía antes de soltar uno de sus

sermones. Pero Natalia siempre se anticipaba a ellos. Ya sabía lo que le iba a decir respecto a su negativa a salir con hombres y jamás alcanzaban un consenso. Así que lo mejor era, simplemente, evitar el tema y redirigirlo a la auténtica estrella de todas las veladas.

—Pero venga, esos *cotis*. Que para eso te he invitado, bonita.

CAPÍTULO 4

La doctora Arqueros sacó su “libretita del amor” y la abrió sobre la mesa por la última página escrita. Cada página estaba dedicada a uno de sus potenciales pretendientes, es decir, a cada uno de los tipos con los que tenía una cita. A pesar de que Natalia sospechaba que la doctora sí estaba interesada en el fondo en algo serio, ella nunca reconocía que encontrar el amor era la idea de todo aquel ajeteo.

Siempre se partía de risa cada vez que sacaba la libreta del bolso, porque allí apuntaba datos bastante interesantes: nombre del susodicho —y si conseguía encontrarlo después de una ardua investigación, apellidos, profesión, zona de la ciudad en la que vivía, signo zodiacal y hasta su número de teléfono por muy registrado que estuviese en la agenda de su móvil—.

Después de cada cita, Mónica se acomodaba con su libreta en el sofá, o en cualquier cafetería al día siguiente— y apuntaba fecha del encuentro, consideraciones generales que había que destacar y cuáles habían sido sus impresiones exactas sobre el sujeto en cuestión. Después dejaba toda la página en blanco para llevar a cabo el “seguimiento”. Si la besaba al despedirse, si tenía que huir corriendo, si le enviaba un mensaje nada más perderse de vista, si no volvía a saber nada y de repente reaparecía al cabo de un mes (algo más común de lo que cabría esperar). Cada una de sus víctimas tenía una página entera a su disposición.

Natalia contempló cómo pasaba las últimas páginas en blanco hasta llegar a la mitad de la libreta, aproximadamente. No dijo nada al respecto, pero era obvio que las últimas semanas no se le habían dado del todo bien a la doctora, quien había adoptado las citas en el último año, según decía, como un inocente *hobby*.

—Como un día pierdas esa libreta vamos a tener una desgracia —apuntó Natalia.

—Nah. Siempre la llevo en el bolso.

—¿Y si te meten la mano sin que te des cuenta y te la roban? Siempre andas por el metro muy despistada.

Esto era cierto, pero Mónica soltó una carcajada.

—Nati, querida, ¿quién iba a querer robar una libreta cochambrosa llena de garabatos de médico y pasar del monedero o el iPhone?

—Podrían llevárselo todo.

—Sí, claro. Seguro que sacarían una pasta por ella en eBay. O, quien sabe, tal vez incluso podrían hacerme chantaje con toda la información que contiene.

Se rieron.

—¿No sería más práctico, y sobre todo más privado, hacerlo en un archivo de Word en tu ordenador?

Mónica negó con la cabeza.

—Uhhmm, no. Hay mucho *hacker* suelto. Nos espían, y lo sabes.

Mónica era una de esas personas paranoicas convencidas de que los gobiernos de occidente y los bancos están muy interesados en su ajeteada vida sentimental, así que defendía a muerte su

libretita, un artilugio accesible, portátil y muy espial y que, despistada como era, solía “perder” con frecuencia. Hasta tres veces se la había olvidado en la cafetería en la que desayunaba todas las mañanas antes de entrar en su consulta. Siempre la recuperaba, porque las chicas que le hacían el café tal y como a ella le gustaba tenían la deferencia de guardársela siempre, pero también era cierto que debían estar muy al día de todas y cada una de sus citas, porque la “letra de médico” de la doctora Arqueros era bastante inteligible.

En lugar de ir hasta la última página, volvió unas siete atrás, donde había tomado nota de sus encuentros del mes de septiembre. El nombre que encabezaba el drama era el de MARTÍN, también conocido como “Ryan Ghosting”, debido a su repentina desaparición cuando todo parecía que iba fenomenal y que, por fin, la doctora iba a encontrar la estabilidad que secretamente deseaba.

Natalia intentó ahogar un suspiro histérico con la mano derecha sin éxito.

—¡No! ¿Otra vez? No me digas que Ryan Ghosting está de vuelta.

A Mónica no le gustaba que le recordasen que alguno de los hombres que le interesaba especialmente se había esfumado de la faz de la tierra durante unas semanas, pasando total de contestar su último mensaje. Por lo general una de sus normas de oro (sí, también había un reglamento, aunque por fortuna no estaba apuntado en la dichosa libreta), era no contestar a los hombres que osaban retirarse de su vida y decidían, por aburrimiento o por un interés renovado, que querían volver a verla pasadas X semanas. Pero en el caso de Martín bien sabía Natalia que no iba a ser tan fácil pasar de su cara, porque aquel tipo le gustaba mucho.

Era demasiado atractivo para ignorarlo. Para empezar, era bombero, y gracias a las estadísticas que iba recogiendo era bastante obvio que la doctora sentía un especial interés por los cuerpos del orden, con un especial énfasis en lo de “cuerpos”.

—Sí. Ha vuelto. Como un elefante en una cristalería.

—Cacharrería.

La miró como si le trepase una araña por el rostro.

—Da lo mismo. Me llamó el otro día. Ojo: llamar. Nada de insulsos mensajes de texto. Hacía tres semanas que no tenía noticias tuyas.

Natalia cerró el pico, esperando que su silencio fuese lo bastante elocuente. La verdad, no era la más indicada para dar consejos sobre cómo manejar asuntos románticos dado su poco movimiento en ese sentido, pero cantaba bastante que la doctora, tan cabal y metódica para algunas cosas, a veces se dejaba arrastrar hasta callejones sin salida, y el asunto del bombero era un ejemplo claro.

—Ya, ya sé lo que estás pensando. Y yo también LO SÉ. Que debe haber pasado un tiempcito golfeando por ahí y ha decidido revisar su archivo de las últimas semanas, pero ¿qué quieres que te diga? —agitó su libretita en el aire como si fueran las tablillas sagradas de Moisés—. Yo he estado haciendo lo mismo.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Cuál ha sido su excusa?

—Ha estado de viaje de trabajo.

—¡Pero si es bombero! ¿Dónde ha ido a apagar fuegos?

Mónica resopló.

—Creo que ha ido a formar a otros aprendices de bombero. O algo así. ¿Qué más da? El caso es que ahora mismo tengo un incendio aquí.

Señaló a su entrepierna con la libreta.

—Qué ordinaria.

Se rieron.

—¿Y le has hecho caso? ¿Vais a volver a quedar?

Una pregunta absurda, pero a Natalia le encantaba escuchar las fantasías de su amiga dermatóloga. Francamente, no podía creer que aún estuviera soltera después de todo el tiempo que había pasado tras su matrimonio. Mónica era fantástica. Alta, morena, lista, muy divertida, con posibles y con una brillante trayectoria como médico. ¿Qué les pasaba a los hombres? ¿Por qué la dejaban escapar? ¿Están locos? Este era un pensamiento recurrente de Natalia que podría perfectamente aplicarse a sí misma, aunque ella no pusiera mucho de su parte.

—No lo sé. Ya dirá. Como comprenderás yo no pienso mover un dedo.

—¿Sabes lo que creo que le falta a tu libreta? Fotos. Ojalá pudieras adjuntar una foto de cada uno.

—No te falta razón. Empiezo a olvidarme de las caras de muchos.

Siguieron hablando durante un rato —hasta que cayó la última gota de vino en la copa de Natalia— de las normas no escritas y del *modus operandi* del bombero, hasta que las once de la noche se hicieron demasiado evidentes, y con ello, el cansancio típico del inicio de la semana.

—Tengo que irme ya —dijo Mónica, levantándose con grandes aspavientos—. Te mantendré informada.

—En un par de días te envío dos nuevas fórmulas para que nos des tu opinión.

—Sí. Envíame todo por mensajero y le echaré un vistazo. Oye, Nati...¿Por qué no salimos un poco el viernes? Ya sé que odias las resacas y bla bla, pero, ¿cuánto hace que no nos divertimos un poco? Y ya sabes a lo que me refiero...

La acompañó a la puerta, al tiempo que le prometía que le diría algo lo antes posible y que pondría un poco más de interés en reactivar su vida social. Mónica ya estaba en el rellano cuando creyó conveniente mencionarle de pasada, quitándole cualquier rasgo de importancia, el incidente de aquella mañana con el *skater*.

Mónica la escuchó con atención.

—...Y el tío insistió en que quería invitarme a un café pero yo no podía dejar de contemplar sus pintas de quinceañero. Era muy guapo, no puedo negárselo. Tal vez tendría que haber sido un poco menos borde...

La doctora la observó boquiabierta. Después, en silencio, volvió a entrar en su recibidor y cerró la puerta tras de sí.

—Natalia, ¿te das cuenta de que es la primera vez en unos seis meses que me hablas de un hombre? Debe haberte causado una profunda impresión.

—Yo no lo llamaría exactamente “un hombre”...y digamos que la impresión la ha dejado él en una de mis camisas más caras.

—¿Cómo que no?

Le contó la secuencia con pelos y señales y para su sorpresa, Mónica le recriminó que no se lo hubiera explicado antes.

—Bueno, es que no le he dado mucha importancia.

La doctora la observó. Intuitiva como era, sabía que algo se había desajustado en su mirada y en el timbre de su voz mientras hablaba del incidente.

—¿Sabes lo que te toca hacer mañana, no?

—¿Qué?

Mónica resopló.

—Mismo sitio, misma hora. No le diste tu número, ¿no?

—No estarás pensando en serio que me interesa ese tipo, ¿verdad?

—Ya lo creo que te interesa.

—Me ha arruinado toda la mañana.

—No seas exagerada. ¿Cómo dices que se llamaba?

Hizo como si pensara.

—...Álvaro.

—¿Y dices que te dijo que él estaba trabajando también?

—Sí, pero es obvio que mentía. Estaba en la calle paseando con su monopatín.

—Bueno, a lo mejor se dedica a eso profesionalmente, Nati. ¿No lo has pensado?

—¿A ser *skater*? Ese tipo no era ningún veinteañero. No me parece realista.

—¡No seas prejuiciosa, tía! ¡Ya sabes lo que tienes que hacer! El viernes por la noche espero noticias.

La dejó con la palabra en la boca, más que nada porque era obvio que debían hablar mucho antes del viernes sobre temas de trabajo.

Natalia cerró la puerta con llave y fue directamente a lavarse los dientes. Aplicó unas gotas de sérum de Retinol, aquel preciado aceitito que le sumaba días de vida sobre este planeta y se fue a la cama con una de sus revistas, inquieta por la seriedad con la que su amiga había hecho hincapié en el asunto de Álvaro.

Álvaro.

A medida que había ido transcurriendo el día ya no era el “zángano con monopatín” ni “el *skater* macizo”. Se había convertido en una persona con entidad propia que amenazaba peligrosamente con conquistar sus pensamientos durante al menos unos días. Pero lo que había comentado la doctora no era tan descabellado. *Mismo sitio, misma hora*. Y por si eso fallaba, la mente ágil de Natalia ya estaba articulando una alternativa. Necesitaba saber quién era exactamente aquel hombre.

Sí, un hombre.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente Natalia entró en la sede de Trish Cosmetics, en pleno Paseo de Gracia de la ciudad condal, con la irrefrenable sensación de aquel sería el peor martes desde hacía siglos. Se prometió a sí misma que a la salida de la oficina, si no era excesivamente tarde, iría sí o sí a clase de pilates. Sentía el cuello entumecido y había vuelto a dormir mal. A las tres en punto de la madrugada sus párpados se habían abierto de par en par y no había logrado que descansaran de nuevo hasta pasadas las cinco.

Por si aparecer con unas sombras de cansancio sospechosas bajo sus ojos verdes no era suficiente, le molestaba reconocer que había remoloneado más de la cuenta de camino al trabajo, entreteniéndose en Plaza Universidad con el móvil pegado a la oreja, a pesar de que no estaba hablando con nadie. Ese día se había cuidado bien de no llevar un café que pudiese salir volando por los aires y además se había puesto unos botines comodísimos con los que podría hacer un *trekking* por la montaña si no le quedaba más remedio. Pero esa mañana no había en la céntrica plaza ni rastro de Álvaro ni de ninguna otra persona ociosa. Qué ilusa había sido.

Cuando habían pasado cinco minutos con el teléfono en la mano —disimulando— el sentido común entró de lleno en la sesera de Natalia. *¿Se puede saber qué estás haciendo aquí plantada?*, se recriminó a sí misma. Si no fuera porque era un poquito cómico a la par que lamentable, se castigaría sin copa de vino esa noche. Mientras se ponía en marcha de nuevo hacia la oficina pensó que en el fondo daba igual, que no hacía falta que nadie, ni siquiera la persistente doctora Arqueros, supiese que había pululado por el “mismo sitio, misma hora”, tal y como ella misma le había sugerido.

Se dijo a sí misma que en unos días ni siquiera recordaría su nombre. Álvaro. Era muy olvidadiza con los nombres. No tanto con las caras.

Llegó a las nueve en punto a la oficina y se sorprendió al ver allí ya a Nerea, una de las chicas del departamento de marketing, encabezado básicamente por ella y por la responsable, Susana, que estaba en un viaje de formación en Toronto, visitando la casa madre de la empresa. Nerea era todo un personaje, uno de los más populares —y chiflados, deberíamos decir— de aquella oficina. Tenía las ideas más locas y por inexplicable que fuese, solían funcionar. De ella había sido la idea de poner en marcha el canal de Youtube en la sala de reuniones.

Se acercó a su mesa con algo en mente. Si había alguien allí que pudiese localizar a un desaparecido era Nerea y su séquito de veinteañeras “super tecnológicas”. Aquel martes, sin embargo, parecía haberse puesto las pilas de buena mañana y no estaba cotilleando con Lucas en su mesa. Estaba haciendo una presentación en PowerPoint a la velocidad de la luz.

—Buenos días, jefa —le dijo, sin dejar de teclear.

Lo de “jefa” era casi una broma privada entre todos, bastante recurrente. Y es que la apariencia híper juvenil de Natalia hacía que pareciese una más de la guardería Trish. La empresa era un poco peculiar en ese sentido. Natalia era la responsable de la sede española, pero todos respondían ante un jefe supremo virtual que vivía en Canadá y que solo se dejaba caer por allí una

vez cada cuatro o cinco meses. Las chicas lo llamaban Skeletor por algún motivo que no le habían querido contar y ella hacía como que no estaba al corriente del mote. Le preocupó un poco que también tuviesen uno para ella.

Natalia se acercó a la mesa de Nerea. ¡hubiera llevado un café en la mano se lo hubiera vuelto a tirar encima de la impresión.

—Dime que eso no es lo que creo que es, Nerea.

—El qué.

—Esto.

Señaló un artilugio de color rosa que permanecía unido mediante un cable a la torre del ordenador.

—¡Ah! Esto. Sí, se está cargando. Está sin batería.

—Dime que no has traído un Satisfyer a la oficina, Nerea.

Natalia resopló y se llevó los dedos al entrecejo para masajearlo suavemente. Suspiró, abrió la boca para replicar y la cerró de inmediato. No tenía ganas de discutir tan temprano. Se dio media vuelta y se dirigió a la oficina. Nerea se levantó de golpe, cogió su nuevo juguetito y la siguió hasta su despacho.

—Claro que no lo he traído. No estoy tan loca, Nata.

Nata. ¡La llamaban Nata!

La fulminó con la mirada mientras se despojaba del abrigo y encendía la pantalla del Mac.

—Lo han traído esta mañana. Un repartidor. Bueno, ha traído uno para cada una. Vienen descargados de batería, pero tranquila, en una hora los tenemos listos.

—¿Qué?

—Doce en total. Los he repartido y los he dejado en cada una de las mesas. Ya verás qué bien todo y cómo va aumentar la productividad de Trish Cosmetics.

Se quedó mirando la caja de color rosa que había sobre su mesa.

—¿Has comprado otro para mí también?

—Claro. No íbamos a dejarte sin él. La semana pasada... ¿recuerdas el día que te perdiste las *drinks*? Bueno, el caso es que salimos a cenar y nos achispamos un poco. No recuerdo quién fue pero alguien sacó el móvil e hicimos un pedido colectivo para todas.

—¿No recuerdas quién?

—Vale. A lo mejor fui yo. No sabíamos si comprar otro para la doctora Arqueros, pero ella es tan *sofis* que pensamos que ya tendría el ultimísimo modelo.

—Creo que no necesito más información, Nerea. Gracias por el consolador, ya puedes seguir con lo que estabas haciendo. No te robo más tiempo. Ni siquiera para preguntarte qué significa exactamente “sofis”.

—Sofisticada —replicó Nerea—. Y la palabra “consolador” ya no la usa ni mi madre.

No podía enfadarse con ella de ninguna de las maneras. De hecho estaba a punto de tener un serio ataque de risa. Observó que Lucas ya estaba también en su mesa sin quitarles ojo de encima. Por lo general, la primera media hora de cada jornada la dedicaba a reunirse con él para ponerse al día con las cosas más urgentes. No podría haber soñado con un *assistant* mejor que él. Si algún día Natalia conseguía su sueño de trabajar para una de las grandes firmas parisinas o neoyorquinas por las que suspiraba, solo esperaba poder llevarse consigo a Lucas. Aquello sí que era un matrimonio indisoluble.

Cuando estaba dudando sobre si abrir o no el regalito y ponerlo a cargar, tal y como había

hecho su empleada de forma ejemplar, Nerea volvió a irrumpir en la pecera como un torbellino.

—Por cierto, se me olvidaba. El mensajero también ha traído un paquete para ti esta mañana. Lo he dejado ahí encima —anunció, señalando uno de los armarios con un boli.

—Sí que ha madrugado hoy mister Amazon.

—No era mister Amazon. Era un mensajero de los de toda la vida.

—¿MRW?

Nerea se encogió de hombros.

—No sé. De los que van con uniforme marrón.

—MRW, entonces. Por cierto, vamos a tener que hablar un poco entre todas del asunto de los paquetes y las compras *online*. Estáis absolutamente descontroladas. ¿Cuántos paquetes llegaron ayer?

Los lunes la oficina parecía una oficina de correos en hora punta.

—¿Unos veinte?

—Por lo menos. Dímelo a mí que soy la que más cerca se sienta de la puerta y me levanto a abrir cada quince minutos.

Natalia suspiró. No podía pedir a sus empleadas que dejaran de comprar *online*. Era anacrónico. Pero el trasiego de mensajeros se estaba desbordando.

—No compramos tanto, Nata. Piensa que se acerca la Navidad. Y a ti también te llegan cositas...

¡Menuda desfachatez! Abrió la boca para soltarle una fresca pero no merecía la pena. Tenía otras cosas en las que pensar y tal vez iba a necesitarla para un temita personal a lo largo de la mañana.

Acto seguido Lucas llegó con su ristra de problemas. Mientras lo escuchaba, Natalia descargó todo el correo. Ochenta y cuatro emails. Y no eran precisamente *newsletters* de moda. Skeletor estaba *on fire*. ¿Cómo era posible recibir tantos correos en una sola noche? Ella y Lucas eran los últimos que se marchaban de la oficina casi todos los días y lo que sí habían implantado —y de hecho, se habían asegurado de que en la casa madre canadiense estuvieran muy al tanto— era la norma no escrita de no revisar el correo una vez salieran de la oficina. Natalia era muy consciente de que mantener el espacio personal era básico, y ella misma intentaba respetarlo. Rara vez contestaba emails por las noches, a pesar de que a veces tenía que atender llamadas del otro lado del Atlántico a altas horas.

—Me ha dado un poco de envidia todo el asunto de los Satisfyers —le soltó Lucas.

—¿Tú también querías uno?

—Muy graciosa, pero sí que me he sentido un poco excluido.

—No puedes estar hablando en serio, ¿no? Ni siquiera yo estaba al tanto de esto.

—Yo también me quiero divertir. Y dormir mejor. Justo ahora estaba leyendo una noticia. ¿Sabes que el ochenta y ocho por ciento de los habitantes de esta bendita ciudad tiene serios problemas para conciliar el sueño?

—Un consolador no es un somnífero, querido. No sé qué delirio te imaginas, pero como ya debes saber, el éxtasis dura tan solo unos segundos, en cualquier caso.

—Me alegra que lo recuerdes.

Natalia le lanzó una bola de papel que arrugaba desde hacía rato y que siempre acababa utilizando como arma no hostil contra su sufrido *assistant*. Entonces recordó el paquete que había llegado a primera hora para ella. Se levantó de la silla y fue al armario a buscarlo.

No era una caja. Era un sobre muy bonito con doble envoltorio, para proteger su contenido. Dentro había un sobre de papel con el logo de Marc Jacobs. Su corazón no tuvo ninguna piedad

desde ese momento. Delante de Lucas lo abrió con cuidado de no rozar la delicada pieza de tela que albergaba: era la preciosa camisa de la que se tenía que haber despedido despedir el día anterior. La cogió de los hombros y la extendió en el aire, incapaz de pronunciar palabra alguna. Al desplegar las mangas un pedazo de papel cayó al suelo.

Lucas lo recogió y lo leyó en voz alta, completamente ajeno al concepto de discreción.

¡Espero que esto sirva para que me perdone!

X,

Álvaro

CAPÍTULO 6

Natalia dejó escapar una risita de puro nerviosismo que contrastó con el gesto de terror de Lucas.

—¡Miedo! ¡Pavor! —exclamó su *assistant*.

—¡Pero qué dices! ¿Has visto? El karma es maravilloso. Mi camisa ha vuelto a mí, intacta.

—Va, venga. Hazte todas esas preguntas que te están abordando ahora mismo.

Lucas cogió uno de los archivadores y empezó a abanicarse.

—Esto es muy fuerte. Qué horror. Tienes un *stalker*. Un acosador. Como John Lennon.

—¡Anda ya!

—Este Álvaro es el tipo que te atropelló ayer en la calle y te estropeó la camisa, ¿me equivoco? El guapo.

—El mismo.

—¿Te siguió hasta la oficina? ¿Es que no te preocupa que sepa exactamente quién eres y dónde trabajas? Creo que deberíamos llamar a la policía ahora mismo.

Levantó el auricular de la mesa de la jefa y esta se lanzó sobre el aparato para interrumpir la línea *ipso facto*.

—¿Estás loco? No. La verdad es que la pregunta que me aborda, como tú dices, es cómo ha podido permitirse una camisa que cuesta cuatrocientos cuarenta euros.

Miró de nuevo dentro del embalaje y revisó ambas mangas para asegurarse de que no había ninguna alarma prendida.

—¿Crees que la habrá robado? —preguntó Natalia.

—No, espera. He cambiado de idea, jefa. A quien que llamar es a Íker Jiménez. Porque, ¿me explicas cómo ha sabido ese heterosexual que la camisa que fastidió con su ímpetu matutino y temerario forma parte de la última colección de Marc Jacobs?

Natalia la dejó sobre la mesa. De pronto le sobrevino un golpe de calor. O de nerviosismo. No sabía.

—Ay. Creo que me voy a desmayar.

—Mira, no. Tumbate un poco en tu diván. ¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

—Por favor.

Mientras Lucas la socorría y Nerea acudía a enterarse de qué pasaba fue consciente del pequeño revuelo que se formó a su alrededor. Las chicas Trish por fin habían hecho acto de presencia en la oficina, como siempre, con más de media hora de retraso, y acudieron raudas a ver qué le pasaba a Nata.

—¿Ha probado ya el Satisfyer? ¿Qué le has hecho, Lucas?

—Nada, nada. Necesita estar tranquila. Dejadle aire, por favor...Que le de el aire.

Lucas abrió un poco la ventana y las empujó fuera de la pecera para que volvieran a sus sitios. Tal vez su *assistant* tenía toda la razón y estaba ante un loco en potencia. ¿Cómo había averiguado

dónde trabajaba? ¿La había seguido con su monopatín el día anterior hasta la puerta del edificio de oficinas? La verdad es que una vez allí simplemente había que hacerle una pregunta muy básica al portero, que la conocía bien porque podía decirse que vivía allí dentro la mayor parte de la semana, para que este le indicase sin ningún tipo de miramientos en qué oficina trabajaba la “guapa rubia con pinta de modelo estirada”.

La camisa nueva era todo un detallazo. Bajo ningún concepto hubiera esperado jamás que aquel chico decidiría enviarle una nueva. Le encantaba, pero tenía serias dudas sobre si debía aceptarla. Natalia se levantó de golpe y se tiró al suelo, buscando el sobre-envoltorio de color marrón debajo de su mesa. Lo localizó y se incorporó de un salto.

—¡No hay ningún remitente! ¿Cómo es posible? Necesitamos averiguar quién ha enviado esto, Lucas. Hoy mismo. Tengo que devolvérsela. No puedo aceptar un regalo tan caro de un completo desconocido.

—Bueno, ya lo sabemos...Álvaro.

Lo miró y se incorporó, recuperando al instante la compostura. Estaba perdiendo los papeles cuando todo era en realidad mucho más simple.

—Está bien, está bien. No hagamos una montaña de un grano de arena. Vamos a devolvérsela con una nota de agradecimiento. No puedo aceptarla. En el fondo es solo una camisa. Imagínate que ese chico comparte piso y ha empleado la mitad de su sueldo en restituir este carísimo trocito de tela. No me lo podría perdonar, me pesaría muchísimo en la conciencia...

Natalia estaba más que familiarizada con la miradita que le lanzó Lucas. Últimamente pensaba que su *assistant* era lo más parecido a un marido que jamás llegaría tener. La conocía perfectamente. Se anticipaba a sus reacciones. Se comunicaban con miradas. ¿Cuántas secretarías pueden decir eso de sus jefes? ¿Cuántos años llevaban ya trabajando juntos? ¿Cinco? ¿Seis? Toda una vida.

Él le hizo una pregunta muy simple y muy lenta mientras la observaba por encima de sus gafas de pasta de Dior:

—¿P O R Q U É?

—¿Cómo que por qué? ¿A ti te parece normal?

—¿Por qué no te lo tomas como una galantería? No puedes negar que el chico ha ganado muchos puntos.

—¿Puntos para qué?

—Para conquistarte.

—Pero si ni siquiera ha dejado su número de teléfono para poder contactar con él, o darle las gracias en el hipotético caso de que decidiera quedármela.

—Eso da igual. No me cabe la menor duda de que volverás a tener noticias tuyas. Segurísimo, vamos. Lo juro por Madonna.

Eso eran palabras mayores y seguramente no le faltaba razón. El problema era que la paciencia no se contaba entre las virtudes de nuestra Natalia Trish. No iba a poder esperar hasta que a él se le ocurriese volver a abordarla de nuevo. Se conocía muy bien cuando alguien o algo le obsesionaba. Iba a estar absolutamente paranoica, esperando noticias tuyas y revisando el móvil cada cinco minutos.

—Bien, veamos. Eso no va a pasar. No voy a quedarme aquí sentada trabajando, esperando a que él se le ocurra reaparecer.

Lucas estiró su brazo derecho y le cogió la mano. Sabía muy bien que no tenía ninguna posibilidad de convencerla de que se estuviese quieta y que dejase maniobrar al destino. Natalia

era una persona brillante pero a la que le costaba permitir que las cosas sucediesen por sí solas. Era una jefa excepcional. No solo en cuanto la gestión del equipo, sino a los objetivos que la empresa le planteaba. Tenía muy claro lo que se esperaba de ella y no paraba hasta conseguir todas y cada una de las cosas que le pedía Skeletor, además de las que ella misma se proponía. Tenía una capacidad de trabajo sobrehumana. Y aunque todos pasamos por esas etapas en las que el trabajo es lo más importante, y nos autoconvencemos de que es lo primordial en este momento de nuestras vidas, a menudo necesitamos que alguien nos recuerde que todo está bien, que hay vida fuera y que debemos permitir que alguien con las mejores intenciones se nos acerque. Y eso se lo recordaba Lucas y aún más Mónica, amén de su santa madre.

Pero no hubo forma humana de convencerla para que se relajase.

—Tráeme aquí a Nerea —le pidió Natalia.

Nerea era sin duda la que mejor se manejaba en internet del equipo. Mejor incluso que Susana, su jefa directa. Era una esponjita que absorbía todo cuanto acontecía en el ciberespacio y era capaz de dar con cualquier contacto que se le solicitara. Le exigieron máxima discreción, aunque aquello, en ese *petite* gallinero era un poquito complicado.

Le dio solo tres o cuatro datos. *Álvaro. Edad indefinida entre treinta y cuarenta años. Vestido habitualmente con pintas ridículas de skater, mochila incluida. Pulula de vez en cuando por la plaza Universidad con su patineta. Alto y fornido, tipo vikingo.*

Nerea, sentada delante de su mesa, tomaba nota de todo.

—Es un posible nuevo colaborador —puntualizó Lucas—. Si lo encontramos, claro.

Ella levantó la vista de su libreta. No se lo tragaba en absoluto, pero no dijo nada.

—Parece fácil. No creo que haya mucha gente que encaje con esta descripción. ¿Qué necesitas exactamente?

—Su contacto —contestó Natalia.

—Queremos algún enlace de sus redes sociales —aclaró Lucas—. Su Facebook, o algo así.

Nerea soltó una risita.

—¿Qué pasa?

—Sabéis que Facebook es de viejas, ¿no?

¡Maldita niñata!

—Pues eso es lo que es. Es un tipo curtidito, como nosotras —dijo Lucas—. Me da igual, Facebook, Instagram, LinkedIn. O incluso su teléfono, si se te da bien la investigación.

—¡Teléfono no! —exclamó Natalia— ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo voy a llamarlo o enviarle un mensaje? Ni de coña. Pensaría que soy una psicópata.

—Cariño, pues eso es lo que él es exactamente.

—¿Crees que podrás conseguir algo para mañana? —preguntó Natalia.

—¿Mañana? Dadme una media hora —contestó Nerea—. Aunque he de acabar con el PowerPoint para los proveedores.

—Esto es más urgente.

Nerea se encogió de hombros y se fue a su sitio, contenta de tener un espécimen a quien investigar —muy guapo, le habían recalcado, como si esto fuera un dato que le pudiera ayudar—. Lucas se acomodó de nuevo al otro lado de la mesa su jefa. Ambos habían recuperado ya la compostura.

—No la ha robado.

—¿La camisa?

—Claro que no. Por algún motivo tú tienes en mente la imagen de un monopatador que

duerme en un colchón tirado en la cocina de un piso de estudiantes pero debes saber, querida, que algunos de esos chicos nadan en la abundancia. Algunas marcas se los rifan.

—Ah, ¿sí? ¿Qué tipo de marcas? ¿Deportivas?

—De todo. Deportiva, moda, *lifestyle*, bebidas energéticas... también sé de buena tinta que producen vídeos en las que salen ellos mismos haciendo piruetas y rompiéndose todos los huesos del cuerpo, aunque esto les da bastante igual. Los suben a internet y esas marcas que los patrocinan les pagan un dineral. Así que a lo mejor tu novio puede comprarte todas las camisas de Marc Jacobs que se te antojen...

Lo miró en silencio.

—Me dejas perpleja. ¿Cómo sabes todo eso?

Lucas contempló a su jefa. A veces no podía distinguir cuándo le hablaba en serio y cuándo le tomaba el pelo. Siempre había pensado que era un poco cándida en todo lo que concernía a temas no laborales. Era una experta indiscutible en cosmética y en cuidado de la piel y le sobraba empatía y capacidad de liderazgo para dirigir un equipo como el de Trish, pero no escondía su inocencia, y eso era algo que siempre le había hecho mucha gracia. Se dejaba aconsejar y le importaba mucho la opinión de la gente de la que se rodeaba y a la que respetaba. A él mismo lo escuchaba siempre con mucha atención y ese era uno de los motivos por los que había permanecido a su lado todo ese tiempo. Pero la realidad era contundente: Natalia vivía en una piña debajo del mar.

—Nati, hija, ponte las pilas. Deberías navegar un poco por Internet de vez en cuando fuera del mundo *beauty* y aprender cosas de la vida. Con cariño te lo digo. Estas chicas que nos acompañan por aquí todos los días, sin ir más lejos... Obsérvalas un poco, absórbeles esa energía que derrochan sin ningún miramiento. ¡Si a ellas les da igual que las vampiricen!

Nerea les interrumpió de nuevo cuando iba a soltarle a Lucas una bordería. No soportaba que utilizase ese tonito condescendiente.

—Si ya os dije yo que no hay investigación que se me resista. Aquí tenéis a vuestro hombre. ¿Dónde está mi premio?

Nerea había aparecido en la puerta de su despacho con el Mac portátil en los brazos, mostrando orgullosa los resultados de su investigación exprés. Natalia y Lucas se levantaron y se acercaron raudos a contemplar la pantalla. Allí, delante de sus narices estaba en todo su esplendor el misterioso *skater* de la plaza Universidad. La foto que Nerea había encontrado no dejaba nada a la imaginación. Con su tabla con ruedas bajo el brazo y sin camiseta porque, ¿para qué? Era, sin duda alguna, Álvaro Súnier. Tres veces campeón del mundo de *skateboard*.

CAPÍTULO 7

Una vez que Natalia hubo revisado todos y cada uno de los enlaces que Nerea le envió, se encontró a sí misma paralizada delante del ordenador. En serio, ¿qué iba a hacer? ¿Contactarle a través de alguna de esas redes profesionales para decirle que no iba a aceptar la camisa? ¿Darle las gracias y adjuntarle su número de teléfono?

Cerró el portátil de golpe. Hacía solo unas horas que le había pedido a Lucas que se acercase a la boutique de Marc Jacobs, que estaba bastante cerca de la oficina, para preguntar si aquel chico había hecho allí la compra durante el día anterior y si había alguna posibilidad de hacer una devolución y que le cargaran el importe a la tarjeta que él hubiese utilizado.

—La dependienta se ha quedado a cuadros —le dijo Lucas, de regreso en la oficina—. Me dijo que bajo ningún concepto podían hacer una devolución de ese tipo sin el ticket de compra. Le expliqué un poco la situación...

Natalia lo fulminó con la mirada.

—...Sin entrar en muchos detalles —prosiguió—. Habló con una de sus compañeras y le dijo que se acordaba perfectamente del chico. *Un macizo*, me especificó. Y me contó también que le había preguntado qué talla usaba ella, porque le parecía que sería la misma que la persona que debía recibir la camisa...

De repente Natalia se acaloró y no quiso saber más del tema.

—De todas formas...a lo mejor esto nos está ocupando demasiado tiempo, Luqui. Ahora tengo dos camisas. La otra se puede recuperar. En la tintorería de mi barrio hacen milagros. No sé, es todo un poco absurdo. Hagamos una cosa: pasemos página del tema. No es posible que esto nos ocupe tanto tiempo ni que yo me sofoque de esta manera.

—Después de ver esas fotos sin camiseta, lo raro sería no acalorarse, jefa.

Natalia consiguió apagar el interruptor de su nueva obsesión durante un par de horas y ponerse a trabajar en el sinfín de cosas que Skeletor, desde su templo de hielo en Toronto, le exigía para ayer. Sin embargo, su prodigiosa capacidad de concentración no estaba tan en forma como otros días. Desde el lunes por la mañana algo había cambiado en su interior y no sabía determinar exactamente qué era.

Se concedió un descanso y salió a la terraza de la oficina a eso de las cinco de la tarde. Necesitaba un poco de aire fresco. Cogió el móvil y revisó la app que detallaba los niveles de contaminación de la ciudad. *Moderada*. Una de sus pequeñas manías.

Se apoyó en la barandilla de piedra y admiró las primeras luces moradas del atardecer. Le cabreaba un poco reconocer que desde que Álvaro Suárez se había cruzado en su camino le estaba costando apartarlo de su mente. Bien, es que para ser más exacta, no lo había apartado en ningún momento y eso era algo potencialmente dañino. Natalia se conocía muy bien. Uno de los motivos

por los que había esquivado durante algunos años el tema hombres era porque le provocaban cierta ansiedad. Cierta no. Bastante. Era superior a ella.

Nunca lo había hablado con nadie, ni siquiera con Mónica, que pese a estar como una regadera sería capaz de entenderla, seguramente. Aunque tenía la sensación de que lo sospechaba. El declive empezó justo cuando se bajó de aquel maldito avión proveniente de Miami y la cobertura le trajo el mensaje de texto más terrorífico que jamás había leído.

A pesar de todo el tiempo que ya había pasado, lo de Carlos le seguía escociendo. Y no solo lo de Carlos, exactamente. Se dio un año de margen para recuperarse, y cuando ya creyó que estaba bien y que podía estar receptiva a encontrar el amor de nuevo, se encontró con Peter Pan. Hacía tiempo que no pronunciaba su nombre en voz alta, pero resumiendo, un hombre que la mantuvo engañada durante unos cuatro meses, dándole lo justo para que creyese que entre ellos había un futuro, pero sin implicarse del todo.

Esa historia la erosionó y le afectó físicamente. De vez en cuando recordaba los días mirando el móvil, esperando que sonase el tono de mensaje, las noches de insomnio, el apetito que la abandonó con la consecuente y preocupante pérdida de peso. Lo pasó mal. Peter Pan era uno de esos hombres bloqueados emocionalmente que enredan y destrozan a su alrededor y que deberían llevar una contundente luz de neón sobre sus cabezas para que te alejes de ellos desde el minuto uno. Un día no pudo más. Se dio cuenta de que su salud estaba en juego. Reunió todas sus fuerzas, le envió un escueto mensaje pidiéndole que por favor no volviera a contactarla y acto seguido lo bloqueó en todas partes. Nunca volvió a tener noticias de él.

¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? ¿Cuatro años? No le gustaba mucho hablar de su vida personal en la oficina, pero sabía perfectamente que era objeto de cotilleo más o menos bienintencionado. Lucas le dejaba caer de vez en cuando que las chicas sentían una gran curiosidad por su situación sentimental. *“Es imposible que con esas pintas de modelo no esté con nadie”*, o *“alguien me contó que la vio con un tipo mayor cenando hace unas semanas”*. O *“a lo mejor estamos equivocadas y resulta que juega en nuestro equipo”*.

La verdad, le daba exactamente igual. No le importaba lo más mínimo lo que opinasen de ella. Solía hacer oídos sordos a ese tipo de rumores. Había tenido contadísimos escarceos desde Peter Pan, en su mayoría rollos de una noche. Hombres atractivos a los que no había querido dar su número después de despertarse a su lado. Camas ajenas de las que huía, a veces incluso en mitad de la noche, para evitar los confusos abrazos matutinos.

Natalia esquivaba el amor. Eso era una realidad, se pusiera como se pusiera, y era del todo consciente de ella. Durante una época, (en secreto, nunca mencionó a nadie esta curiosa afición), se dedicó a recopilar artículos de internet sobre mujeres notables que había decidido permanecer solteras por voluntad propia hasta el último de sus días. Encontró muchísimas más de lo que jamás hubiese esperado. Era curioso también el hecho de que alguien lo encontrase lo suficientemente noticiable como para escribir un artículo, crear de ello una noticia.

Pero muchas otras veces eran las mismas damas las que explicaban su experiencia. Contaban sin tapujos cómo de felices eran en su mundo sin amor romántico, cómo vivían tranquilas, sin prisas, sin ansiedad, sin aquella opresión en el pecho que a veces comportan los sentimientos. Natalia empezó a coleccionar aquellos links. Nunca lo confesaría, pero muchos estaban impresos, encuadernados y escondidos en los más variopintos rincones de su apartamento.

Con el paso de los meses se convenció a sí misma de que era una de ellas, que era exactamente como ellas. Que era más importante en aquel momento de su vida sacar a flote Trish Cosmetics y, en unos años, cuando el negocio ya se hubiese asentado, dar el salto al mercado con su propia línea de cosméticos. Ese era su sueño, para el que iba a tener que seguir trabajando de lo lindo y

para el que intuía que aún no estaba del todo preparada.

Por tanto, toda su energía estaba puesta en su trabajo y en sí misma. No era alguien con muchísimos amigos, podría contar a los más cercanos con los dedos de una mano, y sin embargo cultivaba cada una de esas amistades como si fuese una orquídea preciosa que hubiera que mimar casi a diario.

No. Los hombres, en su dimensión más amplia, no tenían apenas espacio en su vida en esos momentos. Por eso estaba extrañada con todo el asunto de Álvaro. Le había pillado por sorpresa, porque no dejaba de pensar en él. Era como si aquel engreído hubiese encontrado un resquicio en su armadura por la que colarse de lleno.

Álvaro. Álvaro Súnier. Ni siquiera podía ya pensar en él como ese brusco maleducado que pretendía comprar su perdón con una dichosa camisa. De repente lo veía como alguien a quien quería acercarse. Valoró la opción de sumarlo a su selecta colección de hombres-de-una-noche y...no. No lo veía. ¿Quién sería capaz de huir a escondidas de su cama? Ella no, desde luego.

Oh, oh. Natalia. *¿Por qué llevas más de veinte minutos SEGUIDOS pensando en él?*

De repente algo la sacó de su ensoñación. Oyó un gruñido a su espalda, en la puerta de su despacho. Era Lucas, que la miraba fijamente con cara de circunstancias.

—¡Qué!

—Estás hablando sola.

—¿Pero qué dices? Claro que no. Alucinas.

—Estás hablando sola. Estás ahí plantada delante de la barandilla moviendo los labios, explicándote algo que debe ser muy interesante, y lo que es peor, te debe estar haciendo bastante gracia, porque también te estás riendo —sentenció Lucas.

—¡Anda ya!

Si es que no lo podía evitar. Llevaba todo el día con cara de lela desde que había abierto el maldito paquete de Marc Jacobs.

Lucas se rio.

—Está bien. Yo no digo nada. Bueno sí. Solo diré que deberías aceptar ese café de repuesto que te han ofrecido. Sin ninguna expectativa. Y a partir de ahí ver qué sucede. Es lo último que voy a comentar sobre este tema. Y por cierto, ¿qué haces aquí fuera sin chaqueta? Ya sé que los viajes al infierno helado de Canadá te han convertido en inmune al frío de por vida pero... ¡hace frío, Nata! ¿No te has dado cuenta?

De repente se estremeció. Vaya si se había dado cuenta. Corrió de nuevo hacia su despacho. Eran casi las siete de la tarde y las chicas Trish ya se habían marchado, una a una. Es más, juraría que las había visto desfilar por delante de la terraza y se habían ido despidiendo de ella con la mano.

Ella había respondido con una autómatas a su equipo. Se sentó ante su mesa y revisó la bandeja de correo. Habían entrado doce nuevos emails. ¿Cuánto tiempo había pasado en el balcón?

Lucas revoloteaba por su despacho.

—Ya puedes irte, Luqui —le dijo—. Hoy ya lo tenemos todo listo. Mañana más.

—¿Seguro que no necesitas nada?

Le sonrió. Se prometió a sí misma que al día siguiente todo volvería a la normalidad.

—No. Mañana nos ponemos con esos informes para Leferc.

Leferc era el nombre real de Skeletor.

—¿Para cuándo los ha solicitado Su Majestad?

—Para el próximo lunes. Se avecina un fin de semana de encierro, me temo. Me dijo que

quería verlos sin falta el día veintisiete así que...sí. Lunes. Es más, si puedo se los enviaré durante el fin de semana para empezar la semana con mejor pie.

—¿Enviárselos? Yo pensé que querría comentarlos aquí contigo.

—¿Aquí?

Lucas la miró con un gesto interrogante. ¿Estaba perdiendo Natalia la cabeza? ¿Tal vez el guaperas del monopatín la había tirado al suelo, se había dado un golpe y estaba empezando a olvidarse de las cosas?

—Sí. Cuando esté aquí, cuando venga, ¿vamos?

Natalia lo miró. No entendía nada.

—¿Qué?

—Nata, Leferc llega el lunes a Barcelona. Lo apunté en tu calendario. Tú misma me pediste hace dos semanas que le reservara un hotel cerca de la oficina, para dos noches. No el mismo que la vez anterior, ¿recuerdas? No le gustó porque había visto en algún sitio que le incluirían una botella de Moët Chandon en la reserva y luego la botella no apareció por ningún sitio y él se lo tomó fatal...y luego...

—Lucas. Calla un segundo. ¿Me estás diciendo en serio que Skeletor llega el próximo lunes? ¿Este lunes?

—¡Sí! Eso estoy diciendo. Este lunes.

Casi le dio algo. Miró el sofá de su despacho y sintió que debía tumbarse de nuevo para calmar su agitada respiración.

—Lucas. Lo olvidé. Oh, no. Se me había olvidado por completo.

¿La próxima semana iba a ser un infierno?

Sí, la próxima semana iba a ser un infierno.

Y el finde previo, de propina, también.

CAPÍTULO 8

¿Debía preocuparse por su mala memoria? Sí, debía preocuparse. Esa tarde Natalia se marchó de la oficina preocupada, y con la seria tentación de consultar con la doctora Arqueros si cabía la posibilidad de estar perdiendo la chaveta. ¿Cómo había podido olvidarse de la visita inminente de su jefe?

Es decir, era consciente de que Leferc viajaba a la sede española de su empresa al menos tres veces al año y era una de esas cosas que parecía que pasase de forma continua, como cuando alguien te dice que es su cumpleaños y a ti te parece que siempre es su cumpleaños y le respondes “¿Ya? ¿Otra vez?”.

Lo último que hizo esa tarde antes de apagar el ordenador y la calefacción del despacho fue consultar su agenda. Revisó con atención lo que tenía destacado en su agenda para el resto del mes. No había posibilidad de que Lucas se hubiese equivocado. Era rarísimo que confundiese fechas y sí, recordaba haberle pedido que reservase otro hotel distinto para Leferc, porque no quería volver al anterior ni muerto.

Exacto. En el calendario estaba todo correcto, y allí estaba, lunes veintisiete. Su vuelo llegaba a las ocho de la mañana al aeropuerto y vendría directo desde el aeropuerto a la oficina, y por si fuera colmo muy probablemente de mal humor, pues Skeletor no era capaz de pegar ojo en los vuelos nocturnos y siempre aparecía cansado e irritable.

Por lo general se las apañaba solo en la ciudad bastante bien —eran ya muchas excursiones— y no había que hacerle de canguro, pero había una serie de compromisos que Natalia no podría saltarse. Susana, la responsable de marketing, estaría de regreso en la oficina el viernes. Y estaba pensando también en echar mano de Nerea para que, si hacía falta, acompañasen a Skeletor a comer, a comprar regalos para sus hijos o a comerse una paella. Cualquier cosa que se le antojara. Era toda una caja de sorpresas.

Natalia caminó por la Gran Vía en dirección a casa. Mientras esperaba junto a un semáforo contempló una lona gigantesca que cubría la fachada del edificio que había frente a la oficina. En ella aparecía, en todo su esplendor, el cantante Justin Timberlake ataviado con gafas de sol. Era una de esas publis gigantesca que contribuían a la rehabilitación de fachadas de edificios. De hecho podía verla desde su mesa, ya que tenía la ventana justo al otro lado del despacho. Un Justin Timberlake de cuarenta metros de altura. No se había dado cuenta de quién era hasta que una de las chicas lo había mencionado con un entusiasmo un poco exagerado. (Solo era una foto).

Natalia se detuvo en una cafetería y se compró un *croissant* de chocolate. Porque sí. Porque el chocolate le vendría bien a su memoria maltrecha y porque habían sido demasiadas emociones en un solo día. Atravesó la plaza Universidad, esquivando a los patinadores, en estado de alerta paranoide. Buscó con la mirada a todos y cada uno de ellos, pero ninguno era el que tenía en mente. Había unos diez pululando por encima del asfalto. Eran solo postadolescentes (de los

reales, de los menores de veinte años). Se sentó un momento en uno de los bancos para disfrutar de su *croissant* y ver qué hacían.

No mucho. Daban saltos, hacían piruetas, se caían al suelo y se levantaban como si fuesen de goma, ajenos a cualquier elemento o persona que no perteneciese a su universo con ruedas. Pensó en el cuerpo de Álvaro. ¿Cuántas veces se habría quebrado? Se imaginó a sí misma estirada en un sofá gigante, en un salón con luz tenue, delante de una chimenea. Él se había hecho un esguince en el tobillo y permanecía tumbado, con la pierna en reposo y la cabeza apoyada en su regazo. Ella le acariciaba la melena. En ese momento, el chocolate le supo mejor que nunca en su lengua. Lo saboreó. Sintió el agradable calor de la chimenea entre sus piernas.

La sirena de una ambulancia la despertó de su ensoñación. ¿Cuánto tiempo llevaba sentada en aquel banco con la mirada perdida, como una perturbada? Se levantó y reemprendió el camino a casa, que estaba a unos veinte minutos más paseando. En cuanto llegase se daría un baño caliente para relajarse. La escenita del sofá que ella sola se había montado en su desviada imaginación la había encendido como una fogata. Palpó la bolsa de tela que se había colgado al hombro antes de llegar a la oficina. Allí había guardado la camisa y el dichoso Satisfyer. Tal vez era un buen día para probarlo. Se rio como una loca y dos señoras con las que se cruzó la miraron como si fuera una pobre enajenada.

El plan perfecto de Natalia se vino un poco abajo cuando, justo antes de meterse en el agua caliente, el teléfono sonó. El ambiente en el baño era perfecto. Había encendido una de sus velas perfumadas favoritas, había ajustado la intensidad de las luces, sonaba un disco de Lana del Rey que le encantaba y en el agua ya se deshacía una de las deliciosas bombas de baño de Lush que le habían enviado recientemente para que la probase.

Cogió el móvil. No tenía aquel número en su agenda. Pensó en dejarlo sonar hasta que saltase el contestador pero, ¿y si era él? Era imposible. No solo no era nada fácil conseguir su número de teléfono. Podían contarse con los dedos de las manos las personas que lo tenían. Si Álvaro Súnier la estuviese llamando estaría ante un portento de persona, de esas que cuando se proponen algo lo consiguen caiga quien caiga, o bien ante un completo loco acosador.

Le dio al botón verde y aguantó la respiración.

—¿Sí?

Al otro lado de la línea, el ruido de la ciudad. La calle. Una sirena lejana. El sonido natural del tráfico. Y cuando pensaba que se le escapaba el corazón por la boca, una inconfundible voz de mujer.

—No flipes. Soy yo.

—Mónica... Pero, ¿desde dónde me llamas?

—¡Oye! ¿Y esa voz de fastidio? ¿Esperabas a otra persona? —la doctora se rio. Le encantaba tomarle el pelo. Reconocía al instante el tonito de mofa indiscriminada.

—Para nada. Estoy a punto de darme el baño caliente del siglo. Pero, ¿desde dónde me llamas?

—Alucina, tía. Estoy en una cabina de teléfono. Te estoy llamando con monedas.

A veces decía unas cosas que nadie entendía, pero se hacía querer, la condenada.

—¿Me tomas el pelo otra vez? Esas cosas ya no existen.

—Claro que existen, solo hay que estar un poco atenta. Vamos caminando como zombis por todas partes sin mirar a nuestro alrededor. Nos perdemos muchas cosas, ¿sabes?

—No te enrolles, Mónica. Oye, ¿puedo llamarte dentro de un rato? De verdad que necesito

sumergirme en agua caliente.

—¿Sumergirte en agua caliente? ¡Pero qué peliculera eres, tía! ¡No, no! No me cuelgues, es solo un minuto. Necesito un mega favor. Uno que ni siquiera es un suplicio, porque te lo vas a pasar bomba.

Natalia guardó silencio. Sostuvo el teléfono con la mano derecha mientras que introducía la izquierda en la bañera para asegurarse de que el agua no se enfriaba demasiado. Aspiró el aroma de la vela marina que ya impregnaba el ambiente húmedo del baño. Mónica se hacía de rogar. Durante unos segundos dejó de oír su voz y pensó que tal vez era el momento perfecto para colgar y recuperar la llamada más tarde. Le estaba bien empleado, por atender llamadas de números desconocidos.

—¿Recuerdas que habíamos quedado para salir este viernes por la noche? —preguntó la doctora.

—Bueno, no habíamos quedado exactamente. Estaba un poco en el aire. Te dije que lo pensaría, ¿te acuerdas?

—No, no recuerdo...

—El caso es que hoy ha sucedido una desgracia.

—Oh, ¡dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Más o menos. Hoy he descubierto que Skeletor llega el lunes a Barcelona. He de encerrarme este fin de semana para prepararle una presentación con la prospección de negocio para los próximos tres meses.

—No entiendo. ¿Cuál es la desgracia?

—Que había olvidado por completo que venía. Que estoy perdiendo la memoria, Moni.

—¿Y qué tiene que ver con nuestra noche de juerga?

—¿Cómo que qué tiene que ver? Que voy a estar a tope de trabajo.

—Natalia, tú y yo sabemos que NO vas a trabajar el viernes por la noche... Además, creo que te vendrá bien airearte un poco. Para tu memoria, quiero decir...

Tenía razón en ambas cosas. Por supuesto que no iba a ponerse delante del ordenador un viernes por la noche y por otra parte necesitaba tomarse un par de cervezas en algún bar animado como el comer. Mónica le había recalado muy acertadamente que hacía más de un mes que no salían juntas. Pero ya sabía lo que sucedería al día siguiente.

—Ya. El problema es que tú y yo sabemos que el sábado va a ser un completo limbo. No existiré al día siguiente. Ya no aguanto bien las resacas, y lo sabes...

—Pero tienes todo el domingo para hacer tus deberes.

Lo sopesó. No podía dejarlo todo para el último día.

—El domingo no me dará tiempo.

—Entre mañana y el viernes puedes adelantar un poco —Mónica no parecía dispuesta a tirar la toalla y era muy complicado convencerla cuando algo se le metía entre ceja y ceja —. De todas formas, te llamaba para algo mejor.

—¡Ah, sí! ¿Cuál ese ese mega favor que necesitas?

Perfecto, cambio de tema. En realidad le sería más fácil desviar su atención, decir sí a todo y luego si veía que el tiempo se le echaba encima, cancelar su cita con alguna rudimentaria excusa.

—De hecho tiene que ver con el viernes. Hay un ligero cambio. Ligerísimo. Será mejor todavía...

—Lárgalo ya, Mónica. Se me está enfriando el baño.

—El bombero me ha propuesto una cita doble. Y me ha pedido que traiga a una amiga. Una cena. Será divertido, lo prometo. Y me ha asegurado que me enviará una foto de su colega, porque

por supuesto se la he pedido. Me parecía de recibo después de que él haya visto la tuya...

—¿Qué QUÉEEEE? ¿Ya le has dicho que voy a ir contigo?

—Bueno, es que como ya habíamos quedado el viernes solo he hecho una pequeña modificación en nuestro plan inicial... Pero no te preocupes, si se ponen pesados nos vamos y seguimos a nuestra bola como habíamos previsto.

En realidad no valía la pena discutir. Siendo súper práctica, lo más fácil era aceptar y seguir hablando con ella en otro momento. A Mónica no le costaba nada armar ese tipo de fantasías en nanosegundos. Necesitaba un teléfono, una agenda potente, su dichosa libretita y poco más. De hecho no era la primera vez que la acompañaba a una de sus citas. Una vez tuvo la desfachatez incluso de no avisar a la pobre víctima, que se encontró con las dos en un bar si tener ni idea del percal.

—Mónica, mira... Ahora mismo no quiero saber nada más. Sí a todo. Y ya hablaremos mañana.

—No te enfaaaaaades, será genial. Lo prometo.

CAPÍTULO 9

Natalia se sumergió en la bañera, asegurándose primero de que el teléfono estaba del todo apagado. Es más, lo dejó en el mueble del recibidor y se propuso no encenderlo hasta la mañana siguiente. Esto era algo que hacía a menudo, cuando necesitaba tiempo para sí misma y no quería recibir llamadas sorpresa ni emails fastidiosos desde el otro lado del Atlántico. Por fortuna, era algo que Skeletor entendía más o menos. No era uno de esos jefes que se desespera si tardan un día en contestarle algo. Era un tipo consciente de las distintas franjas horarias del planeta y esas cosas. Además, por suerte tenía otros países europeos de los que preocuparse.

En cuanto estuvo rodeada de espuma toda la tensión que apuntalaba sus hombros aquel día se desvaneció de un plumazo. La música suave y la vela aromática habían sido todo un acierto. ¿Por qué no hacía aquello más a menudo? ¿Cuántos baños se daba al mes? Uno, a lo sumo. Se prometió a sí misma que se concedería un rato como aquel una vez a la semana a partir de ese día.

Natalia dejó vagar su mente por los acontecimientos del día. *Todo está bien en mi vida, se dijo. Tengo buenos amigos, tengo un equipo fantástico y un trabajo que adoro. Me gusta estar sola en casa. Me gusta tener tiempo para mí cuando llego a casa después de un día de trabajo.*

Las manos resbalaron por sus piernas bajo la espuma de color rosa que se había formado en la bañera. En el pomo de la puerta del baño había colgado la bolsa de tela con la camisa dentro y el artilugio que le habían regalado las chicas. Ellas lo llamaban la “maquinista mística”. Dios, al día siguiente tenía que asegurarse sí o sí de que el lunes a primera hora Skeletor estaría en la oficina y por tanto necesitaba no solo que estuviese impoluta, sino que bajo ningún concepto quería ver Satisfyers recargándose en los puertos USB de los ordenadores.

¿Valía la pena salir del agua calentita para cogerlo? ¿Aquel dispositivo era sumergible o moriría electrocutada? Porque si no era sumergible y caía en el agua sería muy triste que la encontrasen frita en la bañera por culpa de aquel trasto. ¿Por qué era tan fantasiosa últimamente? Nunca lo había sido... Sin duda era una influencia de la doctora Arqueros. Las malas compañías...

Recordó las fotos de Álvaro que Nerea le había enseñado en su ordenador. Especialmente aquellas en las que no llevaba camiseta. Parecían bastante recientes. Algunas eran fotos promocionales en las que no estaba patinando. Aquel tío era modelo, seguro. O al menos lo habría sido en el pasado en algún momento. Posaba con una seguridad impresionante delante de la cámara. Era una pena que Trish Cosmetics no tuviese aún una línea específicamente dirigida al público masculino, porque él no lo haría nada mal como imagen de la marca. No tenía ese aire rudo y ultra masculino de los deportistas, a pesar de su cuerpo grande y contundente. Tenía una mirada dulce, y una expresión relajada y simpática.

Natalia llevó la mano a su entrepierna y la acarició muy despacio. Quería ver qué sucedía, comprobar cómo reaccionaba su cuerpo aunque él no estuviese allí presente. Ni él ni su imagen en una pantalla. Sintió como si el agua caliente elevase aún más su temperatura, aunque sabía que era

imposible. El agua debería estar enfriándose, ya que hacía rato que el grifo estaba cerrado. Y sin embargo notó su piel enrojecida, como si se abrasara deliciosamente. ¿Era el agua o era su mente calenturienta?

Dejó volar su imaginación. De repente se había encontrado con Álvaro Súñer en una de esas discotecas minúsculas y sin aire acondicionado a las que ya jamás iba. No se dirigían la palabra. Solo se encontraban en medio del local y él le cogía de la mano y la atraía hacia sí, y entonces notaba su cuerpo duro en toda su dimensión. Entonces él le susurraba una serie de palabras ininteligibles en la oreja. No entendía muy bien qué le decía, pero era algo así como que se encontrasen urgentemente en un lugar un poco más privado, porque estaban dando un poco el espectáculo. Ni siquiera se habían besado —aún— pero era tal el ardor que se desprendía entre ambos que era como si quemasen y de hecho se había formado un espacio a su alrededor al que no se acercaba nadie más de los presentes en la atestada discoteca.

Era la película de Natalia, así que podía dirigirla y protagonizarla a su antojo. En la siguiente escena ya estaban ellos solos y se encontraban en una especie de almacén minúsculo, de unos tres metros cuadrados, lleno de cajas de cervezas vacías, apiladas una sobre otra, con la puerta bien cerrada. Solos en el mundo y con demasiadas ganas de tocarse por debajo de la ropa.

De repente, la espalda de ella contra el pecho de él, y Álvaro la rodeaba con sus enormes brazos. Sentía que él era enorme, o más bien que ella empequeñecía en el escaso hueco que él había dejado entre sus brazos y la pared de cajas. Por un momento, en aquella bañera, Natalia podía sentir el olor a cerveza y a excitación que se desprendía de su propia fantasía. De repente lo que la acaloraba no era el agua de la bañera sino sus turbulentas visiones. Álvaro empezaba a besarla por el cuello muy despacio para después introducir la mano derecha bajo sus pantalones vaqueros. Empezaba a acariciarla entre las piernas muy despacio, aplicando la presión en el punto justo, como si conociera a la perfección cada uno de los resquicios de su cuerpo.

Natalia perdió el sentido del tiempo. Notó que había pasado más rato de la cuenta porque de repente notó que el agua estaba más fría y sus dedos se habían arrugado. Respiró profundamente. Había sentido un orgasmo intenso, y ni siquiera había tenido que echar mano de la “maquinita mística”.

Salió de la bañera, con el rostro enrojecido y bastante acalorada, a pesar de que la temperatura del agua ya era más baja. Se envolvió en una gran toalla limpia y observó su rostro en el espejo. Su ensoñación había sido demasiado vívida. Por unos minutos —al parecer más de la cuenta— se había transportado a aquel local, había sentido las manos de Álvaro entre sus piernas (en realidad las suyas propias). Se sintió un poco molesta. La broma ya duraba demasiado. ¿Por qué no dejaba de pensar en aquel completo extraño? Alguien con quien no tenía previsto volver a encontrarse, a quien no pensaba contactar bajo ninguna de las maneras. Ya se estaba entrometiendo demasiado en su rutina, colándose en sus pensamientos, y ahora también en una de sus preciadas y escasas fantasías sexuales. Por suerte, confió, aquella ridícula obsesión se iría desvaneciendo con el paso de los días. O eso pensaba.

CAPÍTULO 10

Natalia confiaba en que a Mónica se le olvidase por completo su *soirée* del viernes, aunque se le antojaba bastante complicado. Llegó el jueves por la mañana y por un instante pensó que cabía la posibilidad de que al colega del bombero le entrasen los siete males y no se prestara a aquella pantomima. De hecho, ese mismo día tuvo una llamada con ella, estrictamente para comentar cosas de trabajo, y la doctora no le mencionó nada de la cita doble. Lo cual tenía sentido, pues había otras tres personas de su equipo en aquella conferencia.

No hubo suerte. Esa misma noche le llegó un mensaje de texto bastante incontestable con las coordenadas del sitio. El bar-restaurante La Forcade. Para colmo, se moría de ganas de ir a ese sitio desde hacía meses. Qué hábil era Mónica, eso no podía negárselo. Había escogido un sitio al que sabía que no se negaría. Aún así, buscó alguna excusa para no ir.

Le daba una tremenda pereza conocer hombres. Esto era un hecho del que su amiga era perfectamente consciente. No era tanto que necesitase una carabina. Mónica nunca había necesitado ningún tipo de camarilla para acercarse a ninguna de sus víctimas. Pero lo que sí tenía que reconocer era que, aunque se le hiciese de entrada muy cuesta arriba, una vez llegaba al sitio solía relajarse y pasarlo bien.

Saldrían un rato con dos hombres atractivos —Mónica se había guardado la foto del amigo para sí por algún extraño motivo, pero le dijo que “era muy mono y que confiase en ella”. Ojalá no hubiese ninguna “sorpresita”—, se reirían todos las gracias y muy dignamente se retiraría a una hora decente para poder trabajar en su presentación durante todo el sábado.

Eso implicaba no alcoholizarse demasiado cosa que, francamente, y para lo poco que salía, a Natalia le costaba un poco. Era difícil para ella tomarse dos cervezas y no animarse con una tercera. De ahí a la cuarta su nivel de resistencia solía bajar y de ahí a la espiral resacosa del día siguiente había un paso muy muy corto. Pero Natalia le había dicho que estuviese tranquila, que iban a cenar y que “no hacía falta ponerse como Las Grecas”.

Esa noche, después de confirmarle a Mónica con otro escueto mensaje de Whatsapp que allí estaría, Natalia se tumbó en el sofá de su salón y se colocó una mascarilla hidratante tipo sábana, de esas con sus correspondientes agujeritos para ojos, nariz y boca. Le gustaba sentir el tacto frío y cómo el producto se adentraba en los poros de su piel. Ella nunca había sido muy de meditar y lo de estarse quieta para concentrarse en su respiración le parecía bastante complicado, así que sus meditaciones consistían en ponerse una buena mascarilla y permanecer inmóvil durante veinte minutos.

Una de las cosas que le fastidiaba bastante era que habían pasado ya varios días desde su ridículo encuentro con Álvaro (sí, en su mente ya era solo “Álvaro”, a secas), y todavía seguía pensando en él. Y cada vez que se daba cuenta de que estaba soñando despierta se pellizcaba y se decía que aquello no podía ser. Que estaba desconcentrada precisamente en una de las semanas en las que más trabajo tenía. Que lo más probable era que no volvieran a encontrarse y que

necesitaba pasar página a la de ya.

Era un poco preocupante y el asunto le retrotrajo un poco a su adolescencia. En una época —la del quinceañerismo— en la que los chicos de tu clase suelen ser un auténtico horror, Natalia solía enamorarse platónicamente de actores y cantantes. En su cabeza se montaba unas fantasías maravillosas que duraban meses. Romances ficticios que solo ella conocía y que la acompañaban en una época en la que no había Internet y por tanto muchos ratos en los que aburrirse.

Cuando lo recordaba incluso podía llegar a sonrojarse, especialmente ahora que habían pasado ya unos buenos veinte años de esa época confusa y los objetos de su amor no habían envejecido del todo bien.

Eran fantasías muy cándidas, que solían limitarse a besos, paseos con su novio ficticio y una detallada película de lo que ella pensaba que era el glamour y la fama de sus víctimas imaginarias. En definitiva, nada que ver con lo que había sucedido unos días antes en su bañera, en la que literalmente se había sentido como si Álvaro Súñer la acariciase. Dios, había sido tan real que había sentido miedo de desmayarse. Jamás la expresión “muerta en la bañera” había sido más acertada.

En los dos días siguientes se había sorprendido a sí misma fantaseando de nuevo con él en tres o cuatro ocasiones. En medio de una reunión, en la cola del supermercado, en el ascensor de la oficina... Y en cada ocasión con un poquito más de intensidad. Le había encantado perderse en aquellos microsueños que jamás mencionaría a nadie.

Así que, pensándolo bien, el plan de dobles parejas de Mónica no estaba tan mal. Se despejaría un rato, absorbería un poco de aquella escasa energía masculina y tal vez, con suerte, conseguiría ir apaciguando su imaginación, porque la dura realidad requería de su presencia y de su plenas facultades mentales durante todo el fin de semana.

Y sin embargo, cuando pensó en qué modelito luciría en la noche del viernes, supo que no podía presentarse ante los bomberos con otra cosa que no fuera su nueva preciada y repuesta camisa de Marc Jacobs que tan poco había podido disfrutar.

¿Los bomberos? Mónica no había mencionado en ningún momento que el acompañante fuese un compañero de trabajo de su cita, pero puestas a fantasear, ¿por qué no decorar la película a tu gusto? Siempre estaba a tiempo de llevarse todos los chascos del mundo y por lo general escapaban a su voluntad, así que mejor ir por la vida con la mejor de las predisposiciones.

El viernes por la mañana —solo trabajaban hasta el mediodía...una importante victoria para la Guardería Trish— pasó como un suspiro. Natalia sopesó hasta en tres ocasiones la opción de disculparse con alguna excusa, pero el hecho de haber más gente implicada en la cita, y en concreto dos hombres atractivos, le hizo pensárselo dos veces.

Después de dormisquear un poco en el sofá, abrazada a su ordenador portátil como si fuera un gato, decidió levantarse y empezar a prepararse para la cita doble. No entendía muy bien cómo había pensado que tumbarse en el sofá con el ordenador podía animarla a ponerse a trabajar un rato en la presentación. Por suerte se le daba bien trabajar bajo presión y confiaba en poder terminar todo en los dos días restantes.

Habían quedado a las ocho y media en el bar del restaurante La Forcade. Se dio una ducha y se lavó el pelo, y después se colocó unos vaqueros negros que le sentaban fenomenal, unos botines de tacón y la camisa que le había enviado Álvaro. La sacó del armario y la olisqueó, buscando algún rastro del sutil perfume que recordaba vagamente durante su brusco y furibundo encuentro del lunes.

Antes de maquillarse y salir de casa media hora antes del encuentro, pues había decidido acudir dando un paseo, se miró en el espejo y resopló, como si con ello pudiera desprenderse de cualquier pensamiento negativo de esos que solían rondarle a menudo. A lo mejor estaría bien, para variar, dejarse llevar un poco y simplemente estar en el momento presente.

Por supuesto que Natalia recurrió al viejo truco de llegar cinco minutos tarde. No le apetecía mucho ser la primera de las dos en llegar y sentarse en la barra mirando desconfiada a su alrededor, preguntándose quiénes serían los susodichos. Si Mónica ya se encontraba allí, al menos podría ir directa hacia ella.

Divisó a la doctora desde la calle, a través de las grandes cristaleras del restaurante. El local estaba escondido en un callejón peatonal en pleno centro de la ciudad, y desde fuera se podían apreciar su cuidadísima iluminación y los bonitos muebles que lo decoraban. Era uno de esos sitios en los que te sientes como en casa en cuanto pones un pie en su puerta y, además, uno de los locales de moda en los que es complicado conseguir una mesa libre. Complicado, pero nada es imposible para la doctora Arqueros.

Estaba de pie junto a la barra, relajada y sonriente, delante de dos fornidos muchachos. Cualquier penuria que le hubiese rondado a Natalia en los últimos días se esfumó de golpe en cuanto vio a sus dos acompañantes. Eran, innegablemente, muy atractivos. Mónica estaba deslumbrante, con un vestido de color granate ajustado que acentuaba su atlética figura y unos zapatos de vértigo que una vez se había probado ella misma y con los que no había podido dar ni cinco pasos. Caminar sobre esos andamios era sin duda el superpoder de la doctora. O al menos uno de ellos.

Natalia se acercó a ellos con una sonrisa en los labios. Desde el momento en que había puesto un pie en aquel precioso local había decidido dejar en la puerta todas sus preocupaciones, que en aquel momento eran básicamente sus dificultades para relacionarse con los hombres de manera funcional y su dichoso Powerpoint. Y a lo primero estaba a punto de ponerle remedio.

Mónica, copa en mano, la abrazó cariñosamente cuando llegó hasta ellos. Con la barbilla apoyada en el hombro de su amiga, Natalia echó un buen vistazo a los dos chicos. A Martín, alias “Ryan Ghosting”, ya lo conocía por foto.

A continuación, las presentaciones. El acompañante de Martín se llamaba Raúl, pertenecía también “al cuerpo” (en todos los sentidos”) y era uno de los especímenes masculinos más atractivos que Natalia había tenido el gusto de contemplar en los últimos tiempos. Cinco minutos de conversación con él le dieron tiempo de comprobar que era además, lo que parecía a todas luces “un buen chico”. Sano, deportista, educado. Básico.

Básico era una palabra que las chicas utilizaban a menudo a la hora de describir a un hombre y que podía ser tanto positiva como negativa. ¿Por qué? Porque depende de lo que te apetezca en un momento determinado. A veces se agradece el silencio. Tener compañía masculina en el sofá. Alguien que no se altera demasiado, que no habla demasiado, que es cero maquiavélico y que plantea cero problemas. Y cero retos. Son hombres que no presentan demasiadas complicaciones. Que no hay que vigilar. No es necesario vivir en un estado permanente de alerta.

Raúl era muy así, o al menos esa era la sensación que le transmitió a Natalia desde el minuto uno. Su lenguaje corporal se dirigía hacia ella constantemente, ya sentados en la mesa que tenían reservada. Los chicos, a un lado, las chicas enfrente.

—La idea en este sitio es no atiborrarse mucho de comida. No queremos que el mago nos

interpele mientras le hincamos el diente al pescado —dijo Mónica.

—¿El mago? ¿Qué mago?

—Los viernes hay un mago por aquí —añadió Martín.

Natalia no daba crédito.

—No me digáis que es cena con espectáculo.

—Es solo un poco de animación. Sí. Nos ha dicho el camarero que dentro de un rato un mago se pasará por las mesas y hará unos truquitos de magia. Para amenizar, ya sabes...— dijo Mónica.

El terror ya se había apoderado del rostro de Natalia, que arrastraba un trauma leve desde el día en que había ido a regañadientes a un espectáculo teatral de La Cubana y la habían semiobligado a subir al escenario. Había sido un suplicio, la verdad. No le gustaba nada ese tipo de interacción y siempre que sospechaba que algo así se avecinaba, corría al baño a esconderse, porque para colmo tenía cierto imán para ese tipo de situaciones. Lo suyo no eran los escenarios, ni mucho menos.

Se encontraron cómodas con los chicos. No tenía demasiada información sobre cómo iban las cosas entre Martín y Mónica después de la reaparición de este último, pero aquella cena a cuatro podía significar que él estaba de nuevo interesado en ella y quería retomar las cosas donde las dejaron, al menos de manera suave y amistosa.

CAPÍTULO 11

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado ni desde cuándo la miraba. La agradable charla que tenían los cuatro en la mesa había abstraído por completo a Natalia de su entorno, a pesar de la inminente amenaza del mago. La mesa en la que los habían acomodado estaba bien visible en el centro del local. Lógico. Dos parejas terriblemente atractivas —¡y altas!— eran un reclamo fabuloso para aquel restaurante de moda.

Y sin embargo el restaurante compartía espacio con un bar de lo más animado, y bastante concurrido. Al terminar el primer plato, y después de sonreír al camarero que lo retiró, Natalia levantó la vista por encima del hombro de Raúl y allí estaba él, inconfundible. Álvaro Súñer sentado en uno de los taburetes, de espaldas a la barra del bar, con media sonrisa acomodada en su rostro y mirándola de forma inequívoca.

Natalia controló el impulso de girarse para ver si estaba mirando a otra persona. Al fin y al cabo, aquel sitio estaba atestado de gente cuando ya habían pasado las nueve de la noche y el famoso mago estaba a punto de salir de sus bambalinas. Pero no. Álvaro no miraba a nadie más que a ella. Seguramente había reconocido la dichosa camisa desde allí mismo y saboreaba su cuestionable victoria con una cerveza entre las manos, y ligeramente separado del grupo que lo acompañaba: tres hombres algo mayores que él y con pinta de extranjeros.

Entonces le sonrió mientras alzaba ligeramente el rostro y le daba entender desde la distancia, sin necesidad alguna de palabras, que él no podía acercarse a saludarla sin interrumpir la velada situación parejil que se había creado con los colegas bomberos de la doctora.

Desde aquel momento la inquietud y el deseo se instaló en el estómago de Natalia, sin dejar mucho espacio a los exquisitos manjares que componían el segundo plato, un delicioso cebiche, especialidad de la casa.

Lanzó una serie de miradas cortas e intensas en dirección a Álvaro. Su apariencia distaba mucho del tipo que se había abalanzado sobre ella a primera hora del lunes. Iba vestido con un pantalón de pinzas de color marrón y una camisa azul marino, diría que abierta con un botón más de la cuenta. La llevaba remangada por encima de los codos, dejando a la vista una ristra de tatuajes por los que no le importaría pasar su lengua. Sí, este era uno de los fetiches más secretos de Natalia y el hecho de que Álvaro tuviese su brazo izquierdo cubierto de tinta la puso aún más nerviosa.

De pronto Raúl ya no era tan interesante. Realmente no lo había sido del todo, pero le había parecido un chico agradable desde el primer momento. Ahora, por desgracia para él, otro hombre había capturado al cien por cien la atención de Natalia sin necesidad de acercarse. Raúl se giró hacia la barra, buscando el objeto de aquellos suspiros y palpitaciones silenciados.

—Hay alguien en la barra que conozco —se apresuró a decir Natalia.

—¿Quién? —preguntó Mónica.

La doctora levantó la cabecita y husmeó con la mirada, en dirección al fondo del local.

—Yo no veo a nadie.

En aquel momento Álvaro había desviado de nuevo la mirada hacia Natalia y ella se preguntó si era invisible, o transparente, y él podía ver a través de ella. Era una situación algo ridícula que podía convertirse en incómoda si no se excusaba de una vez y se acercaba a saludarlo y de paso darle las gracias por la camisa, que para más *inri* llevaba puesta aquella noche.

—Disculpadme. Voy a saludar a alguien —dijo Natalia.

Acto seguido recogió la servilleta que descansaba sobre su regazo y la colocó junto al plato de cebiche, ajena a todo y a todos. Se puso de pie y muchas miradas se centraron en ella, sin saber muy bien por qué. Incluida, como no, la de Álvaro, de manera inevitable. Ahora sí que no cabía duda alguna. La había visto de pleno. Además ella ya estaba sorteando las mesas en dirección a donde él se encontraba. Aquel encuentro ansiado era ya casi una realidad. Iba a saludarlo, a reconstruir el puente que nunca se había demolido pero que era inestable, casi inexistente.

Y casi lo consigue, porque alguien, una presencia inquietante, salió al paso de Natalia en aquel preciso instante.

—¿Podríamos decir que tenemos una candidata?

El maldito mago se había interpuesto en el inequívoco camino entre Natalia y Álvaro. Absorta, y volviendo a la Tierra por unos momentos, contempló la curiosa figura del ilusionista. ¿De dónde había salido? ¿Se había materializado con uno de esos trucos? En serio, ¿un mago? ¿Habían vuelto los noventa y nadie la había avisado?

Era un personaje menudo y ágil que no la iba a dejar escapar tan fácilmente. Natalia, petrificada, echó un vistazo panorámico por todo el restaurante. Todas las miradas se habían posado en la escena que protagonizaba de forma accidental. Era toda una experta esquivando solidarios con carpeta por las calles del centro de la ciudad, pero no se encontraba en una situación de prisa. Seguramente Álvaro no se iba a ir a ningún sitio.

—¿Qué nos dices? ¿Me acompañas al escenario?

Obviamente allí no había ningún escenario, pero el inquieto mago se había hecho con un rincón del local, despejado de mesas, donde había dispuesto un atril con varios artilugios. Natalia, ahora sí, entró en un estado de semi-pánico. Miró a Mónica, que ya se había levantado, teléfono móvil en mano, con la cara desencajada por la risa, buscando immortalizar el *show*. ¿Podía ser todo más ridículo? Seguramente sí. Siempre puede ser todo peor. El mago podría haber “separado” su cuerpo en dos mitades, o podría haber clavado cuchillos en una rueda de madera alrededor de su silueta. Pero por suerte fue todo mucho más inofensivo.

Lo acompañó al rincón-escenario, y allí sostuvo unos pañuelos y señaló las cartas que sobresalían disimuladamente de una baraja. Trató de relajarse y de no salir huyendo. El espectáculo fue breve y básico, pero entusiasmó a Mónica, a los bomberos, y visiblemente a Álvaro, que no le quitó el ojo de encima.

—No podría haber soñado con una ayudante mejor —dijo el mago Roberto, feliz por que alguien le hiciera un poco de caso—. ¿Cómo te llamas?

El “Natalia” que susurró se oyó amplificado por todo el local, a través del micrófono de diadema que llevaba el ilusionista.

—Natalia, pareja y amigos están invitados a la cena de esta noche —exclamó el mago.

Si no fuera por lo absurdo de aquella situación, en la que a Natalia no le hubiese importado que aquel personaje la hubiese hecho desaparecer de una manera más efectiva, diría que la cosa no había estado tan mal. Ante el anuncio de que estaban invitados a la cena, bomberos y Mónica dejaron escapar un aplauso exagerado y unos vítores que se contagiaron entre el resto de las mesas. Aprovechó el barullo para escurrirse del lado del mago y retomar su camino hacia Álvaro, que la miraba con la boca abierta, a punto de soltar una carcajada.

Tan cierto como que Natalia era alérgica a participar en aquel tipo de teatrillos era el hecho de que le costaba horrores decir que no cuando la interpelaban de esa forma. Empatizaba al máximo con la persona que pedía su colaboración y se dejaba arrastrar sin poder evitarlo. Después se decía que no había sido para tanto, que estaba predestinada a acabar así y que mejor aceptarlo de una vez por todas.

Llevaba en la mano uno de los naipes que le había regalado el mago. Una sota de bastos que colocó en el bolsillo de la camisa de Álvaro Súñer en cuanto llegó al punto exacto en el que estaba. Él también estaba desplegando ya su magia, porque la esperaba con una copa para ella en la mano. Se la ofreció con una sonrisa.

—¿Qué has vertido en esa copa? —le preguntó ella, juguetona.

Él se rio e hizo un amago de lanzarla por los aires. Natalia se asustó y cruzó rápidamente sus manos sobre el pecho, en un amago de proteger su camisa.

—Tranquila, no estoy por la labor de volver a reemplazar tu Marc Jacobs por otro nuevo. Intentaré estar quietecito y no manchar. Es un margarita. Para ti. Es suave, creo que te gustará.

Era osado pedir para alguien una copa con *tequilazo* sin ni siquiera saber si su estómago lo iba a tolerar. Pero a Natalia aquello le encantó y con solo probar el delicioso cóctel de sus manos ya se sentía más próxima a él. En solo unos segundos se aislaron de todo y de todos, a pesar de que el local estaba en su punto de ebullición.

—Gracias por la camisa —le dijo. Entonces se acercó y susurró—. No tendrías que haberte molestado. Las marcas me envían ropa de vez en cuando...

Él se llevó la mano al pecho de forma teatral.

—Eso ha dolido.

—Me hubiera gustado enviarte una nota, pero se te olvidó poner tu email o tu número de teléfono en el envío.

Él la miró. Dios, estaba guapísimo. Cualquier aire de niño irritante que pudiese haber apercibido durante su primer encuentro había quedado definitivamente en el olvido. Miró hacia sus pies. El calzado era siempre algo en lo que Natalia no podía evitar fijarse. Allí estaban, unos zapatos negros de lo más correctos y discretos.

—¿Qué buscas?

—Tu monopatín. Ese arma arrojadiza...

—No es una prótesis. A veces lo dejo en casa, ¿sabes?

Natalia dio otro trago al margarita para evitar soltar alguna de sus clásicas e impulsivas borderías. Estaba disfrutando mucho de aquel intercambio de frases, que evolucionaba con paso firme hacia un sutil y agradable flirteo. Álvaro no estaba por la labor de perder demasiado el tiempo. Directo y al grano. Se acercó un poco más y susurró demasiado cerca de su oído:

—Ya que has colaborado en que la magia suceda esta noche, y tu cena y la de tus acompañantes está pagada, ¿qué te parece si salimos de aquí y vamos a dar una vuelta?

Sonaba demasiado bien como para negarse, pero Natalia no podía largarse sin más y dejar plantada a Mónica y su cita doble.

—Admito que es bastante tentador, pero estoy con mis amigos. No puedo irme sin más... Ni siquiera hemos terminado de cenar.

Álvaro la miró sin creerse ni una palabra. Por supuesto que podía salir del local de su mano, sin despedirse siquiera. Sin coger su bolso ni su chaqueta, simplemente seguirlo hasta donde él quisiera. Tampoco se molestó en preguntarle si aquello era una cita de dobles parejas. Se levantó del taburete y el pecho de él rozó su hombro. Natalia no se apartó ni un milímetro, al contrario. Aspiró disimuladamente. El olor que desprendía el cuello de Álvaro era una absoluta delicia y se

moría de ganas de enterrar la nariz en él.

—Claro, lo entiendo. Parece que ese café tendrá que esperar.

—Considéralo más que cubierto con este margarita —contestó ella—. Tenías razón. Está delicioso. Oye, ¿y tú? ¿Has venido con tus amigos?

—Solo es gente con la que hago negocios de vez en cuando.

Ella se ríó.

—Eso te ha quedado muy “gangsta”.

—¿Dónde vais después de la cena?

—No lo sé, tal vez a tomar una copa. Tal vez a casa. Tengo trabajo mañana, así que no me gustaría entretenerme demasiado.

Él miró su reloj.

—Hagamos una cosa. Termina de cenar con tus amigos. Busca alguna excusa. Te espero en la puerta del restaurante en cuarenta y cinco minutos. Ambos nos escabullimos de nuestros compromisos.

Natalia resopló, porque le fastidiaba reconocer que no había nada que le apeteciese más en aquel momento. Buscó algún rastro de arrogancia en la voz de él, pero no lo encontró. Álvaro le proponía un plan como si simplemente salir de allí y dar un paseo juntos en aquella cálida noche fuese lo más realista del mundo. Y lo era, dado que solo estarían complaciendo el deseo de ambos. Ninguno de los dos lo sabía con certeza, pero de la misma manera que Natalia no podía sacarse de la cabeza a Álvaro desde el primer momento en que se habían encontrado, a él le había pasado exactamente lo mismo.

CAPÍTULO 12

Natalia regresó a la mesa visiblemente alterada. Si no fuera porque apenas rebasaba la treintena hubiese pensado que su maltrecho corazón iba a darle un sustito. Hacía siglos que nada ni nadie la revolucionaba de aquella manera, pero sería tremendamente maleducado abandonar a sus acompañantes. Barajó sus posibilidades, que pasaban por ignorar la propuesta de Álvaro, contarle lo que había pasado a Mónica y apelar a su comprensión fraternal y su bendición para salir de allí con él o, simplemente, prepararse una buena excusa para abandonar el local (esto pasaba por mentir como una bellaca, la verdad).

De repente era como si los dos bomberos, que habían resultado ser una compañía más que agradable, se hubieran vuelto invisibles a ojos de Natalia. Los escuchó comentar entre risas su estelar actuación con el mago, pero era incapaz de articular poco más que una sonrisa ausente. echó un vistazo de nuevo a donde se encontraba Álvaro, que ahora atendía a los hombres con los que se encontraba. Había girado su torso y encaraba la conversación con interés.

Dios, estaba alteradísima. Se notaba el pulso severamente revolucionado, como si estuviera a punto de emprender una inesperada aventura. Mientras el bullicio del restaurante elevaba el volumen, Natalia sintió el frío contacto de una cucharilla de postre en su antebrazo. Acto seguido, se encontró con la mirada interrogante de Mónica.

—Me acompaña al baño. Chicos, volvemos enseguida.

No era una pregunta, era un requerimiento-barra-orden incontestable de la doctora Arqueros y ya de paso la oportunidad perfecta para allanar el camino de la huida. Pero primero debía despejar cualquier duda respecto a aquella extraña cita doble o, al menos, cuáles eran exactamente las expectativas de su amiga.

—¡Desembucha! —exclamó Mónica en cuanto cerró tras ellas la puerta del baño—. Era él, ¿no? El del monopatín. Ahora entiendo el revuelo de estos dos últimos días y tu cabeza ladeada, amiga...

El ojo clínico de la doctora Amor nunca falla. Y tampoco hacía falta confirmar nada. Las mejillas como la grana de Natalia la delataban por completo, así que decidió ir al grano:

—Me ha propuesto encontrarnos en la puerta en... —consultó su reloj— exactamente media hora.

Buscó algún mínimo rastro de decepción en el rostro de Mónica pero la tía estaba tan emocionada o más que ella. Y no era para menos. No todos los días un hombre despertaba ese interés —ninguna de las dos se atrevería a decir aún “ese sentimiento”— en el gélido corazoncito de Natalia.

Miró a Mónica con gesto interrogante, porque en el fondo las palabras no eran siempre necesarias entre ellas.

—Ni te lo plantees —dijo la doctora—. ¡Vete con él!

—¿En serio? ¿No te importa?

—Por supuesto que no. Entiendo el panorama perfectamente. Solo había que miraros mientras

hablabais en la barra del bar.

Natalia dio dos saltitos y la abrazó.

—¿Y nuestras citas? ¿Crees que les importará?

Se encogió de hombros, como si no entendiese dónde estaba el problema. Para Mónica no era precisamente un marrón quedarse con dos simpáticos bomberos con ganas de fiesta.

—¿Eso qué más da? Habíamos quedado para cenar. Hemos cenado. Te ha surgido algo. Fin de la historia. Ve con él. ¡Hija, para uno que te interesa de verdad...!

Natalia se miró al espejo. Aquella noche estaba especialmente atractiva y a Álvaro no le había podido pasar por alto la evidencia. Tampoco para el colega de Martín, que le había lanzado miradas inequívocas durante toda la velada. Pero desde el momento en que lo había visto sentado junto a la barra al fondo de la sala el guapo bombero prácticamente le había resultado invisible.

Mónica se colocó a su derecha frente al espejo y empezó a retocarse el maquillaje. Debía reconocer que le había extrañado un poco su buena disposición para “dejarle” que se marchase sin más, después de lo que había dado la lata para que la acompañase esa noche. algo tramaba, de eso no cabía duda.

—¿No me va a decir lo que le ronda por esa cabecita, doctora?

—¿Tanto se me nota?

Natalia se rio. “Algo” sí se le notaba, pero no tenía la menor idea de qué había estado tramando Mónica.

—Pues no sé...Para mi sorpresa, parece que todo va bien con Martín, ¿no?

—¿Para tu sorpresa?

—Quiero decir que parece interesado en ti. Me lo pintaste todo bastante peor. Diría que había momentos en la cena en la que su amigo y yo éramos del todo invisibles.

Mónica suspiró.

—Ahí está el problema. Las miradas cruzadas.

—No te entiendo.

Suspiró de nuevo, con un grado más de intensidad.

—Lo de Martín está muerto y enterrado —dijo Mónica—. Es obvio, ¿no? Nos caemos bien, y lo que tuvimos estuvo bien, pero no creo que esté interesado en ir más allá de una simple amistad y un poco de tonto aquí y allí. Pero en cambio Raúl...

Los ojos de Natalia se abrieron como platos.

—¿Raúl? ¿Qué me he perdido?

—Pues chica, creo que me gusta. Y bastante. Y debo decirte que me alivia un poco que pases de su cara por completo, porque si hubieras mostrado un mínimo de interés te dejaría el camino libre, faltaría más...

—Espera, espera...¿Raúl? ¿El chico que ha venido con él?

—Sí, Raúl. El mismo.

—Pero...¿es la primera vez que lo ves? ¿Lo has conocido hoy?

Mónica asintió.

Diosito, qué desastre. A lo mejor Natalia no había prestado toda la atención del mundo a lo que estaba pasando realmente entre los cuatro durante la cena, especialmente desde que Álvaro había entrado en escena, pero habría jurado que Raúl la miraba más bien a ella. No por nada. Simplemente porque lo tenía delante y parecía haber entendido bien los códigos de aquella situación. Que estaba acompañando a su amigo a una cita con la chica con la que tenía algo y con una amiga de esta. Que se trataba de una noche distendida y que cuando acabasen, si alguien se iba acompañado a casa, en todo caso serían Martín y Mónica.

Natalia contempló absorta cómo Mónica se ajustaba unas horquillas detrás de la oreja. No se lo había dicho, y tal vez deberían hablar un poco en serio del tema, pero a veces sentía que a su amiga no le vendría mal detener un poco aquella vorágine de hombres y desintoxicarse de tanto amorío superficial. Abandonar la maldita libreta una temporada. Lo fascinante era que en ningún momento su día a día, sus amistades y su trabajo se veían afectados por su azarosa vida sentimental.

Estaba convencida de que un día llegaría el chico adecuado para ella. Pero a pesar de que Mónica nunca daba muestras de agotamiento o de hartazgo y solía mostrarse alegre y confiada, Natalia intuía que el desgaste en el plano sentimental empezaba a hacer un poco de mella en el ánimo de la doctora. Y no era porque le hubiera dicho algo en concreto. Era tan solo su impresión. Su intuición.

¿Acaso no buscamos todos, en el fondo, alguien con quien conectar? Y si no lo buscamos, al menos permanecemos atentos. Incluso Natalia, quien pensaba que había estado mucho tiempo con los ojos cerrados y ahora se daba cuenta de que no, de que solo estaban entreabiertos a la espera de que alguien como Álvaro irrumpiese en su camino.

Sin duda esta era una charla que quería tener más o menos en serio con Mónica en algún momento, pero estaba claro que aquel no era el lugar ni el momento adecuado. Ni mucho menos pretendía juzgarla. No, nada más lejos de su intención. Pero sí que deseaba asegurarse de que todo estaba bien debajo de aquella coraza.

Consultó la hora en su móvil y el nerviosismo se acrecentó en su estómago.

—¿Lista? —preguntó Mónica.

—Espera, espera. Vale. Te gusta Raúl. ¿Pero qué vas a hacer al respecto?

—Ni idea —contestó la doctora, resoplando—. No lo sé. Dejarme llevar, supongo. Ver qué pasa.

Dejarse llevar, aunque parecía una gran idea sobre el papel, nunca salía bien del todo en el caso de Mónica.

—De acuerdo, entonces te dejo con esos dos. Pero tendré el móvil encendido durante el resto de la noche, ¿entiendes? Si necesitas algo, o si quieres que vuelva si se alarga la cosa, llámame. Al fin y al cabo, no es que Álvaro Suárez me haya pedido una cita como Dios manda precisamente.

Mónica le lanzó una de sus miradas que en el fondo querían decir algo así como “detecto cierta condescendencia” o “no necesito un canguro” o “a ti no es que te vayan mucho mejor las cosas”. Pero jamás le diría nada de eso, porque era consciente de que aquella preocupación de Natalia era genuina.

Las chicas regresaron a la mesa y Mónica, como buena anfitriona, planteó la situación de la manera más elegante posible.

—Chicos, Natalia nos tiene que dejar en breve.

Ambos lanzaron un sonoro lamento, pero la doctora los interrumpió de forma teatral.

—No, no, no, no. Ya me lo advirtió. Nuestra chica tiene deberes este fin de semana.

—Sí, lamentablemente mi jefe supremo viene a visitarnos el lunes, de forma un poco inesperada, y tengo que trabajar en unos temas antes de que llegue. Pero os dejo en la mejor compañía...

Natalia elevó la vista, ignorando por completo el murmullo lastimero de los dos chicos. Álvaro ya no estaba en la barra, así que tal vez había abandonado el local a la espera de que ella saliese de allí. A lo mejor había cambiado de idea y se había largado a casa. El grupo con el que había venido seguía cerca de la barra del bar, aunque en menor número. La nube negra que

rondaba su cabecita de vez en cuando hizo acto de presencia. ¿Qué haría si esperaba durante cinco minutos y no aparecía por allí? ¿Volver a entrar para asegurarse de que Mónica no cometía ninguna de sus locuras con aquellos dos? ¿Irse a casa como una personita responsable y madrugar para trabajar en su presentación?

En realidad aquel agobio repentino era totalmente innecesario, porque ya de pie, echando mano de su bolso y con su atención enfocada a la puerta del local podía ver la portentosa figura de Álvaro, frente al restaurante, apoyado en un enorme macetero y aguardando con las manos metidas en los bolsillos.

Miró a los dos bomberos y seguidamente a Mónica, quienes ya habían establecido un triángulo de miradas, excluyéndola a ella del juego. Martín se levantó para darle dos besos de despedida.

—¿Seguro que no quieres ir a tomar una copa? Qué menos que invitarte por habernos conseguido una cena gratis.

—Otro día, chicos. Ha sido un placer. Lo he pasado genial. Cuidad de Mónica un rato.

—Claro, no te preocupes. Se queda en buenas manos.

Raúl también se había levantado para despedirse de ella. Asintió al escuchar las palabras de su colega.

—Es una lástima que tengas que irte.

Antes de alejarse de la mesa echó una última mirada a Mónica. Se acercó a ella, dando la espalda a los dos bomberos, para susurrarle algo al oído. En ese momento le pareció más necesario que nunca buscar un momento para tener una conversación con su amiga.

—Te llamo mañana y buscamos un día para cenar la semana que viene.

—¡No! Me llamas mañana para contarme qué tal ha ido todo —susurró.

Se despidieron, siendo consciente de que muy pronto tendría que lidiar con otra de las tragedias románticas de Mónica. Pero esa noche estaba más que dispuesta a olvidarse de cualquier drama ajeno.

CAPÍTULO 13

—Has venido —le dijo Álvaro al verla en la puerta del restaurante, con una sonrisa en el rostro. Natalia se rio.

—Bueno, no había mucho margen de escapatoria. Este local solo tiene una puerta, ¿no?

—Ya. Siento haber arruinado tu cita doble —añadió él, con tono burlón.

Caminaron sin rumbo, sin pensar hacia dónde iban, durante unos minutos. Uno junto al otro, sus brazos se rozaban a cada nuevo paso y eso hacía que la energía que los atraía desde el primer minuto en que se encontraron fuera acrecentándose a cada minuto. Natalia fue entonces consciente de lo alto que era. Ella no era precisamente bajita, sobrepasaba el metro setenta, y aún así lo sentía enorme y poderoso a su lado.

—No era una cita —se sinceró Natalia—. O al menos lo que se entiende por una cita al uso. Solo estaba acompañando a mi amiga... como un favor. Le interesaba uno de esos chicos.

Se mordió el labio. ¿Debía de darle ese tipo de explicaciones solo para satisfacer su curiosidad?

—Bueno. Parecían interesados en vosotras... por eso imaginé que era una cita doble. Me alegra equivocarme y que hayas aceptado mi invitación. ¿Qué te gustaría hacer?

Natalia se encogió de hombros y bajó la mirada en un acto casi reflejo. Sabía bien lo que quería hacer, aunque era completamente incapaz de expresarlo en voz alta. Estaba ejerciendo el autocontrol, algo que hacía casi siempre en su vida cotidiana, para no rodearlo con sus brazos y ponerse de puntillas hasta alcanzar sus labios. Esa noche se encontraba dispuesta a dejarse llevar y parecía evidente que él estaba en la misma situación.

—¿Tomamos algo? —propuso Natalia.

—Claro, conozco un sitio por aquí cerca.

Salieron del callejón donde se encontraba el restaurante y desde el momento en que giraron la esquina Mónica y sus líos se evaporaron de su mente como por arte de magia. Álvaro la condujo hasta el bar perfecto, justo el que ella hubiese escogido si se encontraran en su territorio. Un local íntimo, con la luz perfecta para tener una conversación cercana, sin espejos por todas partes con los que distraerse y sin demasiada gente, algo inédito en pleno centro de la ciudad.

Se sentaron en la barra, en el hueco que quedaba entre el bar y la gran ventana que daba al exterior, en los dos únicos taburetes que había en esa zona. Y empezó el intercambio de comunicación más fluido que Natalia recordaba haber tenido con alguien del sexo opuesto.

Álvaro Súñer tenía su misma edad, treinta y cinco años y sí, sí existía tal cosa como lo de dedicarse al *skateboard* de manera profesional. Y no, el término “monopatinador” solo residía en su imaginación. “Skater” era lo más común y extendido. Entonces, el chico era esencialmente un atleta pero también un exitoso empresario. Le contó que tenía sus propios negocios, varios, y que todos giraban en torno al mundo del monopatín. Colaboraba con marcas deportivas, había fundado una productora de vídeos de *skate* y era dueño de dos tiendas de ropa, todo ello fundamentalmente

gracias a su buen hacer como deportista. Seguía en activo, pero preveía ir retirándose poco a poco en los próximos cinco años.

—Siempre he sido un culo inquieto —le dijo—. Pero por fin he decidido establecerme aquí, después de un tiempo viviendo en Estados Unidos.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Siete años. En Los Ángeles. Era mucho más conveniente para mí trabajo.

Su madre era suiza. El chocolate negro era su debilidad. Le encantaba estar en casa. Había convertido su gran apartamento junto a la playa, en Poblenu, en un auténtico refugio. Su director de cine favorito era Paul Thomas Anderson. Le apasionaba leer libros y blogs sobre nuevas tecnologías. Le encantaba jugar a básquet en la calle con los chicos del barrio, cuando le dejaban. Eso interesó a Natalia.

—¿Cuándo te dejan?

Él se rio.

—Es un grupo de chicos y chicas, adolescentes, que provienen de un entorno desestructurado. Se reúnen en una asociación del barrio y un grupo de técnicos se asegura de que no se meten en problemas. Al principio me los llevaba por ahí y les enseñaba algunos trucos con el monopatín, pero han acabado prefiriendo el baloncesto —dijo sonriendo.

¿Se podía ser más perfecto? Natalia se las ingenió para fantasear al máximo y contarle una selección de sus mejores logros y preferencias personales. No le gustaba mucho hablar sobre ella, prefería escuchar y que fueran descubriendo todo lo que albergaba su interior con el paso de los días. Pero habían salido del restaurante a eso de las diez y media de la noche y la siguiente vez que miró su reloj era casi la una de la madrugada. No podía creer que el tiempo estuviese pasando tan rápido al lado de Álvaro.

Una de las ventajas de escuchar en una conversación de este tipo con alguien que te interesa especialmente es que te deja margen para observar. Las banderitas rojas se visibilizan con mucha más facilidad si dejas que la otra persona se explaye a su antojo. Pero Álvaro lo hacía muy bien y no saltó ninguna de sus alarmas internas, que de hecho solían funcionar bastante bien. Él hablaba de todo lo que le apasionaba, pero también preguntaba de forma bastante estratégica. Se interesó mucho por la posición de Natalia como directora comercial de Trish Cosmetics.

Ella le habló de su pasión, que era el cuidado facial. Era así desde hacía mucho tiempo y había aprendido a no avergonzarse de ello, aunque para mucha gente pudiese parecer algo frívolo. Pero Natalia jamás lo vio así, y de esa forma intentaba transmitirlo a cualquiera que le preguntase al respecto.

—Más allá de la vanidad y de la apariencia, o el hecho de querer mantenerse joven, siempre me ha gustado la idea de cuidar de uno mismo, o de una misma en este caso. De dedicarse esos diez minutos al final del día sin que nada te interrumpa y que eso te desconecte de una jornada larga y te prepare para una buena sesión de sueño —explicó Natalia.

Él la escuchaba atento.

—No sé. Siempre he sido un poco “friki” de estas cosas, así que de una manera natural he acabado dedicándome a ello. Me apasiona encontrar soluciones a los problemas de la piel, la formulación de los productos...Incluso con el tiempo he aprendido bastante sobre química.

Se rieron.

—En fin...no suena apasionante, pero para mí lo es.

—Lo es desde el momento en que te apasiona a ti —le dijo él—. Qué mejor que dedicar nuestro tiempo a lo que más nos gusta, ¿verdad? Ojalá todo el mundo pudiera hacerlo. No,

espera... ojalá todo el mundo lo hiciera.

Natalia se quedó en silencio y se permitió contemplar durante unos segundos el rostro de Álvaro sin pronunciar palabra. Le encantaba escucharlo porque eso le permitía mirarlo y admirarlo sin tener que disimular demasiado. Se habían sentado en unos taburetes junto a la barra del bar pero estaban muy cerca el uno del otro. Sus rodillas se tocaban cada pocos segundos, cuando uno de los dos se movía ligeramente. La mente le iba a mil por hora y Natalia ya calculaba cuándo sus labios se chocarían. ¡Se moría de ganas de besarlo! O más bien, de que él se acercase un poco más y la besara, pero quería mantener la compostura a toda costa.

Siguieron hablando. Álvaro le contó un poco más de sus negocios y para su alivio y regocijo, no mencionó nada de ninguna novia o exnovia o similar. No era muy buena señal cuando un hombre hablaba de alguna ex en los primeros encuentros. Eso, por lo general, indicaba que aún no tenía el tema superado.

Pidieron un segundo cóctel y Natalia se dijo que sería el último. Obviamente el asunto de la presentación de Skeletor era lo que menos tenía presente en aquellos momentos, pero no quería tener un subidón de azúcar. Cuando se quisieron dar cuenta, habían pasado dos horas y media. Miraron a su alrededor y apenas había tres personas más en el local.

—¿Nos vamos? —dijeron los dos a la vez.

Álvaro pagó la cuenta y salieron de nuevo al abrigo de la noche, sorprendentemente cálida para la época de año. Él bromeó respecto al cambio climático, pero en ese momento a Natalia ya le iba la cabeza a mil por hora y temía haber bebido demasiado.

—¿Hacia dónde vas? —preguntó Álvaro.

—Vivo cerca de la plaza Letamendi.

—Ah, genial. Me encanta esa zona.

—¡Sí! Está en pleno centro y aún así resulta bastante tranquila. ¿Tú por dónde vivías exactamente?

—Un poco más allá de Marina. Cerca de la playa.

Genial. En dirección contraria. Él sonrió.

—Pero te acompaño un poco, si quieres. ¿Vas a volver andando?

Natalia asintió.

—Siempre voy caminando a todas partes si tengo tiempo.

Un paseo nocturno con él era lo que más le apetecía en aquel instante. Natalia quería resolución. Deseaba saber si él estaba interesado en ella, cuánto la acompañaría exactamente. ¿La besaría mientras alguno de los semáforos se ponía en verde? ¿Le propondría verse otro día? ¿Acabarían enredados en su cama y despertando a su lado al día siguiente? Y si esa situación se daba, ¿iba a ser capaz de dejarse llevar? ¿De aceptar una aventura con aquel hombre que le atraía tanto físicamente, pero también de una forma más íntima que la había sorprendido?

Mientras se perdía un poco en estas tribulaciones, Álvaro continuaba charlando amigablemente, haciendo observaciones sobre algunos locales que se iban cruzando y los personajes que pululaban a aquellas horas por la calle.

Llegaron hasta la plaza Letamendi, y en el último de los semáforos él le retiró un mechón de pelo del rostro que se había descontrolado tras una ráfaga de aire. El tacto de sus dedos junto a su cuello la estremeció.

Y sí, Álvaro la besó. Por supuesto que lo hizo. Fue en el portal de su casa, cuando ella lo miraba, subida al primer peldaño y salvando la distancia entre sus labios. Él colocó su mano derecha en su nuca y la atrajo suavemente hacia sí.

En ese momento recordó la teoría de Mónica y los besos. La doctora le había explicado que

siempre le gustaba que la besaran en todas y cada una de las citas *random* a las que era tan aficionada. Aunque el tipo en cuestión no le hubiese gustado demasiado. Esa, le había explicado, era la mejor manera de saber si la química era real o solo un espejismo. A veces un beso era la mejor forma de decidir que esa persona no era para ti, o todo lo contrario, que desatase un sentimiento incipiente.

Pero para Natalia, desde el momento en que entreabrió los labios y acogió la lengua renqueante de Álvaro, todo se multiplicó por mil. Se perdió por completo, casi diría que empezó a temblar. Todos los órganos de su cuerpo se revolucionaron en décimas de segundo. Eso era algo positivo, ¿no? Bueno, depende.

Álvaro se separó de ella durante unos segundos y la miró fijamente a los ojos. Si le preguntaba si podía subir a su casa iba a ser incapaz de negarse. Eso lo sabían aquí y en Marte, y probablemente él también, debido a la innegable atracción que se había desatado entre ellos. Natalia recordó sus fabulosas fantasías en la bañera y enrojeció más aún, sabiendo que existía la posibilidad de que se hiciesen realidad. Pero no, eso no era algo que ella fuese a forzar.

—Bueno...—dijo él, sonriéndole de nuevo, sin apartar las manos de su cuello—. Voy a dejarte por esta noche. Ya que mañana...

—¿Mañana?

—Estarás todo el día ocupada. Voy a dejar que descanses.

—¿Ocupada?

—Con tu presentación...

—Ah, ya.

Se sintió idiota, y justo cuando iba balucear algo sin sentido, él la besó de nuevo.

—Que duermas bien. Nos vemos pronto —dijo Álvaro, antes de girarse y dejarla temblando en el portal de su casa, como un animalillo desvalido.

Natalia observó petrificada cómo él se marchaba. Se desmoronó un poco cuando salió de su ensoñación y se dio cuenta de que no le había pedido su número de teléfono, ni ella a él el suyo.

CAPÍTULO 14

Aquel fin de semana, que había arrancado de una forma tan prometedora y excitante, fue desmoronándose poco a poco. El sábado por la mañana Natalia pasó por completo del despertador, que de forma demasiado optimista había programado a las ocho en punto. Se despertó pasadas las diez y durante casi una hora fue incapaz de moverse de la cama. Recordó todo lo que había pasado con Álvaro, la cena con Mónica y aquellos dos, la escenita del mago... Recordó el beso increíble en el portal de su casa y el desasosiego que había sentido al verlo marcharse.... y se cabreó consigo misma.

Se enfadó por perder el norte de aquella manera por alguien que acababa de aparecer en su vida y de una manera tan superficial, con apenas dos encuentros fortuitos. Sentía que no podía controlar lo que estaba sintiendo, tan rápido, tan pronto. Y eso le molestaba. Natalia odiaba perder el control de las situaciones.

Como hacía siempre antes de levantarse, pensó un poco en el día que tenía por delante y recordó dos cosas: una, que tenía que evitar distracciones y ponerse a trabajar de inmediato en la presentación del lunes, y dos, que había dejado a Mónica acompañada de dos hombres muy atractivos y hecha un mar de dudas.

Buscó el teléfono móvil a tientas sobre su mesita de noche. Abrió la aplicación de Whatsapp y buscó su chat eterno con la doctora Arqueros. No tenía ningún mensaje suyo, a pesar de que juraría que le había pedido que la mantuviese al tanto acerca de cómo acababa la noche.

Natalia tecleó rápido. Necesitaba un café en vena lo antes posible:

*Doctora Amor. No tengo noticias tuyas, repórtese.
¿Qué pasó con los bomberos?*

Meditó unos segundos y después siguió tecleando:

Hoy voy a estar súper liada trabajando en la maldita presentación. Es posible que tenga el teléfono apagado.

No me puedo permitir distracciones ni tentaciones de ningún tipo. Pero espero tener noticias tuyas pronto. X.

Acto seguido apagó el teléfono, se levantó y se fue directa a por su vieja y querida cafetera italiana, rezando para que su cabecita dispersa se centrara por unas horas y pudiera quitarse pronto todo el trabajo de encima.

El día transcurrió más rápido de lo que esperaba y Natalia solo se dio cuenta del paso de las horas cuando sentía que el hambre arreciaba. Por suerte en los alrededores había montones de

sitios donde comprar deliciosa comida para llevar. Esa mañana se colocó unos *leggings* y una sudadera vieja y se conjuró a sí misma para no tener que trabajar al día siguiente. Por suerte aquello era algo que no sucedía muy a menudo. Respetaba bastante su horario oficial de lunes a viernes —al fin y al cabo el negocio no era suyo—, excepto cuando tenía que viajar por trabajo a Canadá o a Londres, que tampoco era tan a menudo.

Si se ponía las pilas y acababa antes de la medianoche podría dedicar todo el domingo a sí misma, a llamar a sus amigas, a ir a ver su madre, a hacerse una buena sesión de mascarillas o a ver alguna película absurda en Netflix. Y también, para qué nos vamos a engañar, a analizar una y otra vez todo lo que recordase de su extraño encuentro con Álvaro la noche anterior.

Ese recuerdo venía a su mente cada dos o tres horas. Era inevitable, por mucho que se hubiese prohibido a sí misma pensar en él. Tal vez el simple hecho de imponérselo como norma estricta hacía que regresase a su pensamiento con más fuerza, y a medida que pasaban las horas y el día empezaba a oscurecer, cada vez más a menudo.

A eso de las seis de la tarde, y después de despertarse de una minisiesta de veinte minutos que tal vez fue un error, se dijo a sí misma que basta, que aquello no iba a ningún sitio. Él solo había querido redimirse y salirse con la suya. El café que tanto había insistido en reponer habían sido un par de copas fortuitas. Álvaro se había limitado a aprovechar la ocasión y a besarla, consciente de la atracción que ella sentía. Seguramente su mirada no solo había hablado, sino que había cantado *La Traviatta* solo con el brillo de las pupilas.

Pero por otra parte, no podía negar que albergaba un rayo de esperanza respecto a un tercer encuentro. No hay dos sin tres. Eso dicen, ¿no? Si se habían encontrado de manera totalmente fortuita dos veces, ¿por qué no iba a suceder una tercera? Y sí, podía contactar con él a través de alguna de sus redes profesionales, aunque dudaba seriamente que lo hiciese.

Natalia acabó la presentación para su jefe pasadas las diez de la noche, milagrosamente. Se sintió tan eufórica que decidió que necesitaba sí o sí una copa del mejor vino que tuviese en esos momentos por casa. Un buen baño tampoco le sentaría mal, la verdad. En realidad era una buena noticia que Leferc viniese a verla el lunes, porque eso la mantendría absolutamente ocupada durante un par de días y todas aquellas fantasías que la estaban invadiendo desaparecerían por arte de magia. O al menos eso esperaba.

Mientras el agua llenaba su bañera pensó en Mónica. Se había olvidado por completo de comprobar sus mensajes. Fue al dormitorio, donde había dejado su teléfono apagado y lo encendió. Tenía dos Whatsapps. El primero era de Lucas, y lo había enviado hacía tan solo media hora. ¿Aquel muchacho desconectaba alguna vez?

No hace falta que te recuerde de nuevo la visita de nuestro amado líder del viernes, ¿no? Dime si necesitas que te eche un cable con la presentación. Tengo el domingo bastante despejado.

Dios, ¿qué iba a ser de ella si algún día aquel chico decidía abandonarla? Sería peor que un tortuoso divorcio. Tecléo una respuesta breve para confirmarle que tenía todo más o menos listo y que hiciese el favor de disfrutar del sábado noche.

El segundo mensaje era de Mónica y empezaba así:

#DRAMA

Seguido de una sorprendente parrafada:

No vuelvo a beber nunca más. Esta vez va en serio, te lo juro. Acabo de resucitar hace apenas media hora después de comerme un plato de pasta y beberme un litro de coca-cola. Y voy a ir directa al grano: me desperté en una cama ajena a eso de las tres de la tarde. Hasta aquí todo bien. Pasa de vez en cuando. Miré a mi derecha y vi a Martín. Pero luego miré a mi izquierda y vi a Raúl.

Una serie de emoticonos que Natalia no supo interpretar seguían a continuación, después de soltar la bomba. Vaya, aquello era toda una novedad. Ya se imaginaba el próximo encuentro con ella, una buena sesión de cotilleo y vino tinto donde le contaría con pelos y señales su agradable conversación con Álvaro, lo rápido que fluyeron las horas, cómo la acompañó a casa y la besó en el portal portándose como un caballero, sin invitarse a subir, como hubiera hecho cualquier otro espécimen masculino en su sano juicio...

Pero al lado del peliclón de Mónica su historia palidecía bastante. Era *Sonrisas y Lágrimas* al lado de *Instinto Básico*. Siguió leyendo. (¡Sí, había más!):

Por unos segundos me asusté, pensando que no recordaba nada de lo que había pasado. Pero en cuanto recobré un poco la conciencia... ¡vaya si me acordé! ¡Y menuda nochecita! Ya te contaré con más detalle, pero ahora mismo solo puedo decir dos cosas: una, que estoy encantada y dos, que tal vez haya arruinado toda posibilidad con Martín...y también con Raúl... de manera individual quiero decir...

El mensaje seguía con un tercer párrafo pero ya era algo más ilegible y era, en esencia, uno de sus desvaríos. ¡Vaya con la doctora! Natalia trató de recordar, y aunque su amiga le había contado aventurillas de todos los tamaños y colores, no recordaba ninguna que implicase a dos hombres...a la vez. Tecló una respuesta mientras pensaba que tal vez era mejor llamarla y tener toda la información completa de una vez:

*Qué fuerte. He acabado los deberes. Necesito saber todos los detalles. Yo también tengo material para ti, aunque bastante más mojigato, me temo. ¿Estás en casa el domingo?
¿Puedo pasar a verte?*

Después tiró el móvil en la cama y regresó al baño, dispuesta a sumergirse en la bañera caliente. ¿Por qué no hacía aquello más a menudo? Observó el Satisfyer que le habían comprado sus queridas y perturbadas discípulas. Lo había abandonado en una de las estanterías del baño, pero ahí seguía, bien a la vista. Por suerte no tenía demasiadas visitas. Aunque Nerea le había asegurado que la “maquinita mística” estaba socialmente ya muy aceptada y que no debía preocuparse si las veía cargando la batería en el ordenador de la oficina.

Natalia suspiró. A veces se sentía como la madre de todas, y eso que apenas les llevaba unos años. Intuía que debía relajarse más, quitarse la coraza de una vez, dejarse llevar. Se metió en la bañera e instantáneamente pensó de nuevo en Álvaro y en su beso, y en cómo se había estremecido con cada caricia de su lengua. ¿Por qué no lo había invitado a subir? En el fondo era lo que deseaba. Se había quedado como un pasmarote con la puerta del edificio entreabierta, esperando una propuesta que no llegó, esperando que él diera ese paso. Menuda idiota. ¿Cuándo iba a volver a tener esa oportunidad?

CAPÍTULO 15

Camino del nidito de amor de la doctora Arqueros, Natalia dio un rodeo mayor que de costumbre para pasar por una tienda que sabía que estaba abierta en domingo a ciencia cierta, con el fin de comprar algunas de sus chucherías favoritas. Compró también una botella de vino para Mónica, en esa pequeña tradición que ambas mantenían pero de la que nunca habían hablado: siempre que una visitaba a la otra, se llevaban una botella de vino como obsequio, de la que solían dar buena cuenta.

La encontró envuelta en uno de sus fabulosos caftanes de seda, con el pelo recogido en un moño alto y desordenado y las mejillas enrojecidas, tal vez por la extenuante sesión de sexo a la que la habían sometido los apagafuegos.

—Quiero todos los detalles. He venido solo por eso —le dijo Natalia, nada más abrir la puerta.

Le encantaba ir a visitarla. El pisito de la doctora era lo más encantador del mundo. Tenía cojines suntuosos, cuadros coloridos y cosas guays por todas partes, objetos raros y divertidos que había comprado en su época de viajar por todo el mundo, que al parecer había dejado un poco atrás. Últimamente decía que ya no le apetecía tanto viajar. Que en realidad a los sitios a los que quería ir ya había ido y que en sus días libres le apetecía básicamente no hacer nada. Descansar y disfrutar de la ciudad.

La doctora le arrancó la botella de vino de las manos.

—Menos mal. Ya no me queda ninguna y créeme: hoy la vamos a necesitar.

La siguió hasta la cocina. Mientras trataba de localizar el abridor, Mónica la azuzó.

—Pero, ¿qué haces ahí callada? En realidad tú eres la que tiene novedades interesantes. ¿Qué tal fue con el monopatínador?

—Muy interesante. Muy casto todo, también —se sentó en uno de los taburetes altos que Mónica tenía repartidos por todo el piso. Realmente aquel sitio parecía un bar. Muy acogedor, pero un bar al fin y al cabo—. Está bien, como lo mío es mucho menos interesante, lo liquidamos primero, porque es bastante rápido además...Nada. Fuimos a tomar un par de copas cerca del restaurante. Después me acompañó a casa. Fuimos dando un paseo. Me acompañó al mismo portal. Me dio un beso de buenas noches y se largó por donde había venido.

Mónica la observó perpleja.

—¿Y?

—¿Y, qué?

—¿No le invitaste a subir?

—No, la verdad. ¿Fui una idiota? Tengo esa sensación. Me quedé un poco petrificada. No supe reaccionar muy bien, creo. Hacía siglos que no me encontraba en una situación así. Con alguien que me gustase, quiero decir...

Mónica se acercó a ella con el rostro circunspecto.

—Lo sabía. Te gusta.

—Sí, me gusta. Me fastidia reconocerlo, pero así es.

—No no no. No. Te GUSTA de verdad. Supongo que no te has mirado al espejo antes de salir de casa y no te has dado cuenta de cómo te brillan los ojos... De todas formas, ¿qué quieres que te diga? Hiciste bien. No hay por qué precipitarse... No hay por qué ser... ¡yo!

¿La doctora Amor aprobaba su manera de proceder?

—¿Qué hice bien? Se largó por donde vino, y no me pidió ni mi número de teléfono. Ni yo tengo el suyo. Ni siquiera mencionó la posibilidad de vernos de nuevo.

Su amiga negó con la cabeza.

—Eso da igual. Él sabe perfectamente cómo localizarte. Tendrás noticias tuyas antes de lo que crees.

Para una obsesa del control aquella sentencia no era precisamente tranquilizadora. Natalia suspiró y dio la bienvenida al primer sorbo de vino que la doctora le sirvió en una de sus espectaculares —y carísimas— copas.

—Si te digo la verdad, Mónica, lo único a lo que aspiro es a recuperar un poco la normalidad. Ha sido una semana bastante absurda. He estado totalmente descentrada. Olvidé por completo que mi jefe viene a verme mañana y me he obsesionado con un tío que es prácticamente una fantasía. Un fantasma que se pasea por la ciudad subido en un monopatín. Alguien con quien te topas por casualidad... y que aparece y desaparece a su antojo.

Su amiga se acercó y le acarició el brazo afectuosamente.

—Te mereces una historia bonita, Nata. Ya ha pasado mucho tiempo desde lo de Carlos...

Se le formó un nudo en la garganta. A Mónica la había conocido poco después de su ruptura con Carlos y aunque nunca había profundizado del todo con ella en esa historia ni en cómo se sentía con el paso del tiempo, la doctora era lo suficientemente lista como para darse cuenta de que aquello la había dejado tocada y que estaba necesitando un tiempo más prolongado de lo normal para volver a dejarse querer.

—Sí, pero reconoce que las circunstancias no son las ideales. No sé, de repente ayer me generé unas expectativas que no estuvieron a la altura de lo que pasó después, supongo que...

—Nunca hay que tener expectativas.

—Si lo sé. Y creo que él lo pasó tan bien en mi compañía como yo en la suya, pero es que dejarlo todo en manos del azar me resulta agotador.

—No digo que lo dejes en manos del azar. Déjalo en manos de él. Si lo piensas, es muy liberador. No tienes que hacer nada. Si quiere volver a verte créeme que lo hará. Y si no... él se lo pierde. Al menos habrá conseguido sacarte un poco de ese letargo...

Mónica se rio.

—Sí, si tienes razón. Es solo que...ojalá las cosas fueran de otra manera. Pero pasemos a lo interesante. ¿Y tú?

Se acomodaron en el sofá con las copas en la mano y Mónica procedió con su historia. En realidad no era tan fantabulosa como habría podido desprenderse de sus mensajes. Pasada la euforia de las primeras horas, la excitación de haber hecho algo que nunca hubiese planeado por sí misma, pasar la noche en la cama con dos hombres tan atractivos que la colmaron de placer durante horas, ahora se sentía...vacía. Algo triste.

—Son tus hormonas, Mónica. Es solo el bajón del domingo. Lo sabes, ¿verdad? ¿Puedes contarme, por favor, más detalles? ¿Ellos...? ¿Entre ellos...?

La doctora se rio.

—¿Me estás preguntando si interactuaron entre ellos?

—¡Sí!

—Que yo sepa o viera, no. Fue muy excitante. Básicamente estuve cubierta de manos y lenguas durante toda la noche. No dejaron de besarme y de acariciarme...

—¿Repetirías?

Resopló.

—Es una pregunta difícil. Por un lado, sí. Por supuesto. Te juro que perdí la cuenta del número de orgasmos que tuve anoche. Por otra.... soy consciente de que he arruinado cualquier posibilidad con Raúl. Posibilidad individual, me refiero...

—¿Raúl? ¿Entonces Martín ya está completamente descartado?

Se encogió de hombros.

—Supongo que están descartados los dos. ¿O acaso crees que me van a tomar en serio a partir de ahora?

—Pues eso no lo sé, Mónica. Pero, ¿qué más da lo que piensen? Eso de tomarte en serio... No sé. No me gusta ese planteamiento.

—Mira, no voy a negar que voy a estar dándole vueltas a esta noche durante una buena temporada y creo que un descanso de hombres no me vendría nada mal. Creo que voy a hacer lo que hago habitualmente cuando me desvíó de mi caminito.

—¡Monja de clausura! —exclamaron las dos a la vez.

Aunque en el fondo sabían que aquel resquemor se habría evaporado en solo unos días.

—No, en serio —dijo Mónica—. ¿Qué hacemos con respecto a mister *skater*? ¿Quieres que te ayude a localizarlo? Aunque sigo pensando que no será necesario...

Natalia negó con la cabeza.

—Es un buen momento para atajar esta fantasía de raíz. Necesito tener la cabeza bien despejada en los próximos tres días. Al menos hasta que Skeletor regrese a Toronto. Por cierto, ¿quieres pasar a verlo?

—Uy, si puedo evitarlo, no. Tu jefe y yo no tenemos mucho *feeling*, precisamente.

—¡Pero qué dices! Si te adora. Me ha dicho en multitud de ocasiones que ojalá encontrase una dermatóloga de referencia como tú en Canadá. Siempre me pide tu *feedback* sobre las formulaciones. No es nada común que un médico tenga esos conocimientos sobre dermocosmética y lo sabes...deberías abrir tu propio canal de Youtube. Como la doctora Gray.

—Mi propio canal de Youtube. Mmmmm... No es mala idea. La doctora Tríos.

La carcajada que soltó Natalia casi provocó que se le saliera el último sorbo de vino por la nariz.

A continuación, y para rematar la noche, algo que sucedió cuando Natalia regresó a casa, dispuesta a recogerse pronto para pasar revista en la oficina a primerísima hora y atajar cualquier posibilidad de resaca. Al llegar a su apartamento, observó sobre la mesa el bolso que había llevado en la noche del viernes a la cena. Lo había dejado sobre la mesa del salón. Al salir por la tarde para visitar a Mónica había cogido una de sus amadas bolsas de tela tipo *tote bag* que colgaban por todos los pomos de todas las puertas de casa, y había guardado allí el móvil, el monedero, las llaves, los auriculares y una tarjeta de metro, aunque finalmente había decidido ir caminando.

Pero el bolso —de Miu Miu, por cierto— que había llevado a la cena seguía allí. Se acercó a la mesa y lo cogió para revisarlo. Tendía a dejarse cosas que necesitaba y que luego creía

perdidas. Otra cosa que odiaba es usar dos bolsos de manera intermitente y darse cuenta de que se había olvidado el monedero dentro del que había dejado en casa, para tener que volver a casa a buscarlo. Odiaba olvidarse cosas por las mañanas.

Vació el contenido sobre la mesa. De allí se precipitó un pintalabios de MAC, un paquete de *kleenex* y un naipe. La carta de una baraja. Le sorprendió. La tomó entre los dedos, tratando de hacer memoria...¿De dónde salía aquella carta? Recordó que, al acercarse a Álvaro, de forma totalmente refleja y absurda, la había puesto en el bolsillo de su camisa. Y allí estaba ahora.

La giró. Allí había escrito su nombre, Álvaro, junto con su número de teléfono y una carita sonriente.

CAPÍTULO 16

A las ocho en punto de la mañana Natalia abrió la puerta de la oficina con su llave. Era la primera en llegar y aquel día había zafarrancho. Había que asegurarse de que todo estaba en orden y de que no había ningún rastro de nada sospechoso en la sede de Trish Cosmetics. Leferc no le había dicho a qué hora llegaba exactamente. Nunca lo hacía. Le gustaba presentarse sin avisar, aporreando la puerta alegremente y pillando a todas desprevenidas.

Por lo general venía en un vuelo nocturno y si conseguía dormir un poco solía estar de buen humor. Las pocas veces que le veían el pelo era de lunes a miércoles, aproximadamente. Se quedaba un par de noches en la ciudad y luego desaparecía dejando tras de sí un halo de euforia corporativa que les duraba a las chicas un par de días.

Ese lunes Natalia le había pedido a Lucas que estuviese también un poco antes en la oficina para que la ayudase a “revisar todo”, aunque durante el rato que pasó hasta que llegó la primera del equipo, Nerea, se encerraron en la cocina. Le hizo un resumen corporativo, no del PowerPoint que pretendían presentarle a Skeletor cuando se dignase a aparecer, sino de la truculenta noche del viernes y de su despedida “monjil” de Álvaro Súñer, “el de la camisa de Marc Jacobs”, como lo llamaba su querido e imprescindible *assistant* Lucas.

—¿Y te acompañó a casa? —le preguntó, interesadísimo—. Te dejó en el portal, te dio un beso casto y...¿no te propuso subir para ver tu apartamento? ¿Y tú tampoco lo invitaste?

—Ya. Es raro, ¿no?

La miró con gesto circunspecto.

—Yo es que el mundo hetero no lo entiendo demasiado bien. No sé qué decirte —dijo Lucas.

—...Y anoche me di cuenta de que me había dejado una carta con su número de teléfono dentro del bolso y respiré un poco aliviada, pero tampoco sé muy bien qué pensar.

—¿Una carta? ¿Y qué ponía en la carta?

—Oh, no, no. Una carta de jugar. Un naípe.

—No entiendo nada, Nata.

Fueron hacia su despacho y cogió el bolso, que había dejado junto a la pantalla del ordenador. Sacó la carta con el número de teléfono de Álvaro.

—Creo que la deslizó dentro de mi bolso sin darme cuenta.

Lucas se rio.

—¡Menudo psicópata! Lo que te dije el otro día...¡huye!

Siguió hurgando en el bolso.

—¿Qué buscas?

—El *pendrive* con la presentación de Leferc. Esa en la que me pasé todo el sábado trabajando, ya sabes...Y ya que lo preguntas, ese fue el principal motivo por el que no invité a Álvaro a subir a casa, ¿sabes? Porque estoy absolutamente comprometida con Trish Cosmetics.

—Como dijo Paquita Salas —apuntó Lucas, de forma teatral—: “Yo estoy casada con esto”.

—No sé de qué me hablas —Natalia estaba acostumbrada a no tener ni idea de quién era toda esa gente, música y artilugios de los que se hablaba día a día en aquella oficina. Se iba enterando poco a poco.

—Nata, eres como una persona del siglo diecinueve. No sabes quién es Paquita Salas y no subes hombres a tu casa en la primera cita. Y por si fuera poco, aún utilizas *pendrives* para guardar presentaciones importantes, a pesar de que es una de las cosas más fáciles de perder de este mundo. ¡Me sorprendes a todas horas y todos los días de la semana!

—Te ignoro, Lucas. ¿Ves como te ignoro?

—Porque no encuentras el *pendrive*. Anda, vuelca todo el bolso.

Natalia se rio.

—¿Te imaginas que lo he perdido?

—Ahora en serio, te recomiendo que trabajes con Google Docs, Nata. O al menos envíate las presentaciones a tu correo electrónico cuando las termines. No te lo juegues todo a la baza del *pendrive*. En esta ciudad roban muchos bolsos, ¿sabes?

Dejó el naipe entre las teclas del ordenador y volcó toda la morralla que traía aquella mañana. Realmente el chico tenía razón. Era la última vez que utilizaba aquella antigualla. De hecho ella lo llamaba “lápiz de memoria”.

Revolvió entre sus cosas con el corazón en un puño. Si lo había perdido no se lo perdonaría. Más allá de la vergüenza que pasaría delante de Leferc, lo peor sería haber perdido todo el sábado trabajando en aquella maldita presentación, en lugar de estar retozando en la cama con Álvaro.

—¡Aquí! ¿No lo ves? —preguntó Lucas, sacándola de su enésima ensoñación—. Lo tienes delante de las narices, hija.

—Uf, menos mal.

Oyeron la cerradura. Las chicas empezaban a llegar a la oficina. Bastante puntuales para ser un lunes. Bien, parecía que el día podía reconducirse.

—Nata, ¿necesitas un segundo café hoy? Yo diría que sí.

—Sí, por favor.

Volvieron a la cocina y Natalia observó cómo Lucas se movía por allí, localizando todos los artilugios necesarios para el desayuno.

—De todas formas, a las diez en punto llegarán los del catering con un buen surtido de bocadillos, zumos y bollería sana, para Skeletor.

—¿Bollería sana? Ay qué bien, Lucas. No tenía ni idea de que ese concepto existía. No sabes cómo te agradezco que te ocupes de ese tipo de logística.

—Aquí tienes tu café. ¿Y bien? ¿Qué vas a hacer con la carta?

—¿La carta?

—Natalia, por favor, céntrate. La carta que me has enseñado con el número de teléfono de tu caballero andante. O acompañante. ¿Vas a llamarlo? Y por cierto, ¿le diste las gracias por reponerte la camisa?

—Ay, es que no te lo vas a creer. La llevaba puesta cuando me encontré con él el viernes. Así que sí, venía bastante a cuento.

Su secretario la miró con cara de espanto.

—Qué horror. Va a pensar que no tienes más ropa. O peor, que no te la has podido quitar desde que te la trajo el mensajero.

Le soltó un manotazo en el brazo en el que no tenía el café. Entre ellos los límites entre jefa y empleado eran siempre un pelín difusos.

—¿Llamarlo? No sé si es una buena idea. Me da un palo horroroso. ¿Qué le digo? Además, no tiene mucho sentido. ¿Por qué no me pidió él mi número?

—No sé, Nata. El chico ha mostrado interés, eso no podemos negárselo. Te compró una camisa que vale un dineral, investigó la oficina exacta en la que trabajabas, te siguió hasta ese restaurante o averiguó que ibas allí esa noche, te secuestró y te apartó de tu grupito de amigos, la doctora Arqueros y sus ligues, te emborrachó en buena medida pero sin pasarse. Lo justo para que cayeras en sus redes. Te acompañó hasta tu casa, te plantó un beso y después se largó, dejándote en la puerta, más caliente que el cenicero de un bingo...

Natalia soltó una carcajada.

—Ay, por favor, no me hagas reír... Hoy es un día muy serio.

—Pues escríbele, claro. Un Whatsapp, ya sabes...

—¿Tú crees? ¿Qué haría Rihanna en este caso?

Lucas pensó durante unos segundos.

—Rihanna probablemente se comería unos *donettes*. Esta tontería sería la última de sus preocupaciones.

Leferc llegó a las once en punto a la oficina y no estaba para muchas historias, por suerte. Apenas pasó allí una media hora, saludó a las chicas y luego les dijo a Susana de marketing y a Natalia sin pestañear que le apetecían unas patatas bravas y que lo llevaran a almorzar cerca de la playa. Que allí les haría un *briefing* de todas las novedades de la central y que al día siguiente, ya más descansado, echaría un vistazo a la presentación de Natalia.

Genial, pensó ella. No tiene demasiadas ganas de trabajar. Será una visita light y relajada. Al menos hoy.

Leferc las esperó junto a la mesa de Nerea. Venía directo del aeropuerto. Dentro de lo malo, era un jefe bastante manejable. Básicamente no estaba nunca de cuerpo presente y confiaba bastante tanto en Natalia como en Susana. Además, por suerte los números las acompañaban. No solía hablar mucho de temas personales, pero sabían que estaba divorciado y que tenía tres hijos. Debía tener unos cuarenta y seis o cuarenta ocho años y se conservaba estupendamente bien.

Hacía un tiempo, en una noche en la que bebió un poco más de la cuenta se insinuó un poco a Natalia, pero al darse cuenta de su atrevimiento se retractó rápidamente.

En todo caso, no fue una tirada de trastos desagradable, ni fue maleducado. Solo un poco inapropiado, al soltar una bromita acerca de compartir habitación en Londres, debido a un malentendido con la recepción del hotel. Natalia se había quedado petrificada, y ya había pasado más de un año de aquella pequeña “indiscreción”. El problema fue que se acabó enterando media oficina.

Era un tipo atractivo pero cien por cien invisible para Natalia. A ella jamás se le ocurriría fijarse en su jefe. Estaba tan consumida por su trabajo y le gustaba tanto —bueno, en la última semana se había relajado un poco en ese sentido—, que bajo ningún concepto lo pondría en riesgo por algo tan mundano, tan *mainstream* y tan de mal gusto, según ella, como enrollarse con su jefe.

Salieron del edificio donde estaba la sede de Trish Cosmetics y bajaron caminando los cuatro por el Paseo de Gracia, ya que finalmente Lucas fue invitado a la reunión, para poder tomar nota de algunos encargos urgentes referentes a unos nuevos proveedores de los que se ocuparía él personalmente. A Natalia le gustaba hacerlo partícipe de los encuentros con el superjefe y darle algunas tareas de máxima responsabilidad de vez en cuando y él parecía encantado de ser incluso más útil.

No solo era el *assistant* ideal manejando las cosas cotidianas de la oficina, sino que además era fan absoluto de Rihanna y podía salir a comprarte una camisa y acertar de pleno, y no solo con la talla. Cada día daba las gracias al universo por su presencia y pedía para que no se apartase jamás de su vera. *Juntitos al fin del mundo tú y yo*, le decía Natalia de vez en cuando. Y él se reía.

La jornada se presentaba plácida y tranquila, con un Leferc más relajado de lo habitual, con ganas de aflojarse el nudo de la corbata y ponerse tibio de bravas y calamares a la romana y de que le diese un poco el sol en la calva incipiente, que disimulaba cortándose el pelo de una manera muy curiosa, ya que le quedaba inclinado al lado derecho. En realidad a Natalia le encantaría preguntarle, por puro cotilleo, por su situación sentimental, pero no era la más indicada para hacerlo. En todo caso lo dejaría en manos de Susana.

Susana. ¿Hemos hablado ya de Susana? Todo un personaje. La reina del *márketing* en Trish Spain. Cuarenta años. Divorciada, con una niña de ocho años y con muy pocas ganas de perder el tiempo en tonterías. No era excesivamente ambiciosa y no le gustaba nada exralimitarse. Le interesaba hacer su trabajo y largarse a su casa a una hora decente. Es decir, no era una trepa que mirase con ojitos de deseo la silla de Natalia. Tenía una muy buena relación con Leferc y sorprendentemente no llevaba nada mal que su jefa directa fuese más joven y atractiva que ella.

Susana había llegado a Trish hacía casi dos años y enseguida había tenido dos personas a su cargo: Nerea y Sandra. En los últimos seis meses habían saltado un poco las alarmas cuando detectaron que viajaba más de lo normal a Londres y a Toronto —o al menos muy a menudo para ser una madre soltera con una cría pequeña a su cargo.

Lucas le había dicho a Natalia, en *petit comité*, que estaba casi convencido de que estaba liada con Leferc. O que había habido algo entre ellos. Que estaba casi seguro. Que pondría la mano en el fuego, vamos. Desde ese momento los dos estaban atentos para verlos interactuar y no pensaban perder ni ripio de aquellos dos ese lunes.

Iban los cuatro apretados en un taxi, camino de la playa, cuando llegaron al barrio marinero. Susana iba sentada en medio, entre Natalia y Lucas.

—Ya. Me estoy mareando. ¿Podemos abrir las ventanillas, por favor?

Natalia asintió y accionó el botón. La brisa marina la acarició. En pequeños momentos como ese se convencía de que era una suerte vivir en aquella ciudad.

Y justo en aquel momento lo vio. A su izquierda, en una pista urbana de baloncesto, un grupo de adolescentes lo rodeaba como si fuese una estrella del deporte. Y tal vez lo era. Allí estaba el mismísimo Álvaro Súnier, siendo intensamente feliz, jugando a básquet con una tumultuosa pandilla. El corazón de Natalia se aceleró, revelándole lo inevitable. Que aquello no era un capricho pasajero, ni un recuerdo de la semana anterior. Estaba en condiciones de reconocer que tal vez, solo tal vez, estaba empezando a enamorarse de aquel desconocido.

CAPÍTULO 17

La reunión fue bastante desastrosa. En realidad nadie estaba mucho por la labor de pensar en el trabajo. Susana miraba a Leferc con cara de corderito a punto de ser degollado. El jefe parecía más pendiente de que le diera un poco el sol y de recuperarse de sus veinte mil horas de vuelo que de lo que tenían que contarle. ¿Y Natalia? Natalia se había quedado “flasheada” con la visión de Álvaro jugando a básquet con los críos.

A decir verdad, no logró concentrarse demasiado en lo que iba relatando Skeletor. Menos mal que había llevado consigo a Lucas, que tomaba buena nota de todo. Por si fuera poco, hacía un día espectacular, no muy propio de aquella época del año. *El cambio climático también es esto*, pensaba Nata sentada en una terraza junto al paseo marítimo, con el rostro en dirección al agradable sol de otoño, y sintiéndose inmediatamente culpable.

Leferc les contó las últimas novedades de la compañía y después revisó por encima los documentos que Lucas le iba pasando. Natalia dejó que su ayudante tomase un poco las riendas de la conversación y actualizase al jefe de los últimos acuerdos. Ella le pasaba el parte regularmente, así que solo estaban refrescándole un poco la memoria. Él asentía encantado, no sabían muy bien si por lo bien que parecía ir todo o por lo agradable de la temperatura y el lugar que habían escogido para almorzar.

Pero llegó un punto de la conversación en la que Natalia obviamente había desconectado, y sus acompañantes, poco a poco, hicieron exactamente lo mismo. Todos encararon el sol después de comer y se relajaron durante unos minutos, más o menos en silencio.

—Espero que no hayáis olvidado el protector solar —les dijo Leferc.

Todos soltaron una carcajada. ¡Como si fueran a olvidarse de tal cosa! El protector solar de factor 50 era la base de la rutina facial de todos los asistentes a aquella reunión informal de Trish Cosmetics y uno de los pilares de su existencia al aire libre.

Lucas acercó la silla a la de Natalia, que se había alejado un poco para dejar un poco de intimidad a Susana y al jefe, quienes se habían enzarzado en una serie de murmullos que parecían poner en evidencia que entre ellos se estaba cociendo algo interesante. Y eso que en cualquier otro momento a Natalia le habría parecido bastante noticiable, en esa semana no le podía resbalar más. Sin abrir los ojos, le habló a su *assistant* del momento en que había avistado a Álvaro desde la ventana y de cómo se le había removido todo por dentro.

Lucas resopló.

—¿Y qué piensas hacer? ¿En serio no vas a llamarlo? ¿Vas a dejar que se quede todo en una enseñanza? ¿En una cita casual de sábado por la noche que ni siquiera fue a más?

Natalia se encogió de hombros, en parte porque se veía incapaz de tomar una decisión.

Lucas se recostó de nuevo en la silla.

—Bueno. Al menos tienes una camisa nueva fabulosa —dijo, y a Natalia le entraron ganas de llorar.

Natalia y Lucas no tardaron demasiado en regresar a la oficina para ultimar los detalles de la presentación para Leferc, con el que quedaron al día siguiente. Susana se quedó con el jefe en el paseo marítimo para tomar algo y hablar de sus cosas. En cualquier otro momento que no fuese aquella semana de locos aquello habría preocupado un poco a Natalia, quien veía en Susana alguien que podría perfectamente aspirar a ocupar su puesto en el caso de que ella decidiese abandonar Trish Cosmetics.

En el taxi de vuelta de la oficina, oía hablar a Lucas precisamente sobre ello, y lo miraba como si le estuviese hablando de una serie de Netflix y no de lo que acababan de presenciar: la excesiva naturalidad entre Susana y Skeletor y lo poco dispuestos que parecían a disimular que allí estaba pasando algo. De hecho, Natalia se dio cuenta de que Lucas llevaba hablando del tema unos minutos solo cuando este le preguntó:

—No has escuchado nada de lo que he dicho desde que subimos a este taxi, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y él resopló.

—¿Se puede saber qué te está pasando, Nata? Llevas toda la semana completamente ida... ¿Seguro que es solo lo de ese chico?

Lucas se mordió el labio. ¿Se estaba pasando de sincero con su jefa? A veces estaba convencido de que se tomaba demasiadas libertades. Pero Natalia no estaba por esas minucias, porque solo había bastado un beso intenso de Álvaro en el portal de su casa para que no pudiese pensar con demasiada claridad.

—Lo sé, lo sé... llevo unos días...complicados. No consigo concentrarme demasiado. Y con Leferc aquí no puedo permitírmelo.

Miró por la ventanilla con un gesto de disgusto.

—¡Llámallo, Nata! Te dejó su número de teléfono, en dudosas circunstancias, añadiría... Pero, ¿qué más da? ¿Qué es lo que te preocupa?

—No sé. No lo sé. No sé qué me pasa.

Pero sí que lo sabía. Cada vez estaba más claro. Natalia estaba perdiendo el control que ejercía desde hacía unos años sobre sus sentimientos, en concreto desde que se bajó de aquel maldito avión procedente de Miami; y le molestaba que fuera por alguien tan volátil como Álvaro, a quien sentía tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Un recién llegado a su vida. Y le molestaba especialmente aquella vorágine de sensaciones que la había arrasado en solo unos días. No sabía cómo manejarla.

Aquel estúpido naípe con su número de teléfono que había dejado entre las teclas de su ordenador. ¿Por qué le estaba concediendo tanta importancia? Estaba deseando llegar a su despacho y sostenerlo entre sus dedos para ver si esa simple acción le ayudaba a tomar una decisión al respecto. Para ella estaba bastante claro: o lo enviaba un mensaje o se olvidaba por completo de aquella historia. Pero no podía continuar así.

Lucas y Natalia bajaron del taxi, que los dejó en la puerta del edificio donde se hallaba la sede de Trish Cosmetics, en pleno centro de la ciudad. Claramente, su *assistant* tenía ganas de cotillear un poco acerca de Susana y el jefe, pero el mutismo de Nata le dio a entender que no era el mejor momento.

Subieron al piso diez del edificio. Eran casi las cinco de la tarde y el ambiente de la oficina era de bastante jolgorio, como siempre que la autoridad abandonaba el cuartel general durante un par de horas. Allí estaba Nerea, como siempre, alborotando a sus compañeras y encaramada en

uno de esos pequeños monopatines que utilizan los críos para iniciarse en ese deporte.

—¿Ya estáis aquí? ¡Por fin! Natalia, no te vas a creer lo que...

—Ahora mismo no puedo, Nerea. Tengo que hacer unas llamadas urgentes. Me lo explicas luego, ¿de acuerdo?

Se fue directa a su despacho y se encerró. Estaba un poco saturada. Tal vez había sido un error ir a la oficina esa tarde tras la reunión junto a la playa. Lo mejor que podía haber hecho era irse a casa, o llamar a Mónica para ver si quería salir a tomar algo. Distraerse un poco.

Natalia se sentó detrás de la gran mesa coronada por su ordenador Mac y enseguida notó la falta de luz en el habitáculo. Allí, en el teclado, entre las teclas que formaban la secuencia Q W E R T Y y la primera fila de números, estaba el naípe que le había regalado el mago en el restaurante, con el número de teléfono y el escueto mensaje de Álvaro. Observó su caligrafía apresurada pero diáfana, y los números, uno por uno. No había posibilidad de confundirlos.

Cogió su propio teléfono y guardó el número en la agenda, por si acaso. Tampoco tenía por qué tomar una decisión inmediata.

Lo positivo de la situación —siempre era conveniente buscar un poco de luz al final del túnel— era que Natalia tenía muy bien identificado cuál era el conflicto con el que se debatía. Y tenía que ver con ella misma, no con cualquier cosa que pudiese hacer Álvaro, o el aprieto en que la pusiera cada vez que sus labios se acercasen a los suyos, si es que eso volvía a suceder.

Necesitaba aclarar, averiguar de una vez por todas si estaba curada. Si sus heridas del pasado estaban sanadas. Si estaba dispuesta a enamorarse de nuevo.

Como si eso fuera una elección.

De repente se dio cuenta de que seguía en la penumbra y que si no subía un poco la persiana se quedaría del todo a oscuras en apenas veinte minutos. Los días se hacían cada vez más cortos, a pesar de las buenas temperaturas. Natalia se levantó del escritorio y se acercó a la ventana. Empezó a girar la manivela y a dejar pasar de nuevo la luz natural del atardecer. La ciudad resplandecía bajo un cielo que empezaba a ser rosado.

Natalia se quedó petrificada al observar la lona que se desplegaba en el edificio de enfrente. La fachada estaba siendo rehabilitada desde hacía unos meses y normalmente estaba cubierta por grandes carteles publicitarios. Hizo memoria de los que había visto en las últimas semanas. Solía situarse delante de esa ventana cuando hablaba por teléfono. Las vistas sobre la ciudad eran fabulosas. Recordaba haber visto allí, ocultando la pared en obras, además de al cantante Justin Timberlake anunciando gafas de sol, a las protagonistas de esa serie de Netflix sobre jóvenes ladrones de bancos.

Pero quien parecía observarla desde aquella gran lona desde esa tarde era el mismísimo Álvaro Súñer, en un gigantesco anuncio de ropa deportiva en el que ejercía como modelo impecable —y guapísimo—. Natalia pestañeó y estuvo a punto de abrir la ventana, como si eso fuera a ofrecerle una mejor confirmación de lo que veían sus ojos. Allí estaba él, sosteniendo su monopatín con la mano derecha y mirando al frente —mirándola a ella— con sus ojos claros y penetrantes.

CAPÍTULO 18

Al lado de su despacho, justo al otro lado de la pared de cristal de su pecera, estaban Lucas y Nerea haciéndole gestos para que volviese a mirar por la ventana y contemplase la lona publicitaria en la que un Álvaro gigantesco ejercía de modelo.

Natalia despertó de su alucinación —aunque ya tenía claro que no estaba soñando— y se dirigió a la puerta su despacho para atender la guardería / gallinero, que estaba totalmente revolucionada con la gigantesca pancarta. El hecho de que todo el equipo se hubiese arremolinado junto a los ventanales para ver a Álvaro en todo su esplendor le hacía sospechar que el asunto de la camisa de Marc Jacobs, el encuentro fortuito, y el hecho de que llevaba una semana completamente ida ya había corrido por la oficina como la pólvora, y todas estaban al tanto de que en su corazoncito se fraguaba algo bastante interesante. Sin duda podría “dar las gracias” de aquello a Nerea y su indiscreción, y tal vez incluso a Lucas, a quien a veces se le iba bastante la lengua, pero en aquel momento no podía estar enfadada por algo así.

—¡Lo que yo te decía, y lo que ya sospechábamos! ¡Un psicópata total! ¡Se ha contratado una lona de veinte metros justo delante de tu despacho! —exclamó Lucas, entre risas.

Natalia se reunió con ellos y contempló la imagen de Álvaro desde los ventanales del pasillo que había junto a su despacho. Su mirada parecía seguirla hacia cualquier ventana a la que se asomara. Nerea estaba subida su monopatín y se desplazaba sobre la moqueta con dificultades.

—Ese chico nos persigue desde hace días. Lo veo hasta en la sopa. Es como una *cookie* rara de internet —dijo—. Espero que le cantes ya las cuarenta, Nata.

Contempló el mundo a sus pies, y los ciudadanos que se movían como hormiguitas por las aceras, ajenos al incontestable dominio escénico de Álvaro sobre la ciudad. Natalia trató de recordar con detalle la conversación que habían mantenido en aquel bar, después de la cena del viernes. ¿Le había dicho que trabajaba puntualmente como modelo? Sí. Algo había mencionado, pero sin concederle ninguna importancia. Muy de pasada. Pero nunca hubiese esperado que se toparía con él en una lona gigantesca cubriendo un edificio entero.

Impulsivamente, Natalia cogió el móvil del bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros e hizo una foto desde la ventana.

Acto seguido abrió el Whatsapp y buscó su más reciente contacto: Álvaro Súñer. Sin pensarlo, le envió la foto y tecleó un mensaje rápido:

*Lo último que esperaba hoy
era tener que soportar este espectáculo
desde mi despacho.
¡Podrías haberme advertido
la otra noche de que esto iba a pasar!*

Añadió un par de emoticonos y le dio a la tecla de “enviar”.

La siguiente hora, mientras se concentraba en el trabajo que presentaría a Leferc al día siguiente resumiendo los logros del equipo en el último trimestre, transcurrió bastante rápido. Si se sentaba detrás de su escritorio y se concentraba en la pantalla tan solo veía un mechón de pelo del Álvaro gigante a través de la ventana. Se dio cuenta de que no había firmado el mensaje de Whatsapp, por lo que tal vez jamás obtendría una respuesta. Pero estaba contenta de haber desbloqueado el logro. Por fin podía apoderarse de la sensación de que había hecho lo que estaba en su mano y que la pelota quedaba por completo en el campo de él.

Justo en el momento en que Natalia se dio cuenta de que la oficina ya estaba vacía —a excepción de Lucas, que rara vez se iba sin avisarla y que por tanto seguía por allí—, su teléfono vibró, y la sola visión del nombre que apareció en la pantalla la reconfortó y la tranquilizó.

Era Álvaro. Y por supuesto que sabía quién le había enviado aquel mensaje, básicamente porque sabía muy bien el lugar exacto en el que ella trabajaba, y a buen seguro qué veía desde su ventana.

*Siento la tortura, pero me temo
que vas a tener que soportarlo durante una semana.
De nuevo, tengo que compensarte. Y sin querer
parecer un perturbado, estoy junto a tu oficina.
Quiero decir, en persona. Literalmente.
¿Sigues ahí? ¿Puedo pasar a buscarte?*

Todo en aquel párrafo le sonaba a música celestial. Natalia se levantó de la silla de golpe y salió de su pecera como si de repente le faltara el oxígeno, consumido en décimas de segundos por sus pulmones hiperventilados.

Se topó con Lucas, que tenía la costumbre de revisar Instagram en la pantalla de su ordenador en lugar de en su teléfono, como el resto de los mortales. Le plantificó el mensaje de Álvaro delante de su cara, en busca de la aprobación de su infalible secretario.

Él se echó hacia atrás para poder descifrar el párrafo que le había enviado el *skater*.

—Me alegra que me hicieras caso por una vez, Nata. Como ves un mensaje de Whatsapp... no es para tanto. Y quiere volver a verte... ¡pues claro que quería!

—¿Crees que le gusto?

Le lanzó una mirada irónica por encima de sus gafas de pasta de Dior.

—Sí.

—¿Sí a secas?

—No vamos a analizar más este tema. Sal con él esta noche y diviértete, Nata. La presentación de mañana está controlada y además...ya hablaremos del tema, pero es evidente que Leferc ha venido a ver a Susana. No está aquí exactamente para ver tu PowerPoint ni atender a tus explicaciones sobre el negocio. Eso lo puede hacer desde Toronto, ¡así que relájate y disfruta por una vez!

Natalia se abalanzó sobre su chaqueta, que había lanzado sobre el perchero cuando llegaron del almuerzo.

—¿Tú te quedas un rato más? —le preguntó a Lucas.

—Me iré en cuanto averigüe exactamente por qué Madonna está cancelando casi todos los conciertos de su gira.

—Genial. Te veo mañana. Bendición, papá.

—Que Dios te bendiga, *mija*.

Natalia salió de la oficina como si fuese su último día de clase en el instituto y se abocase al inicio de la vida adulta. Mientras esperaba a que el ascensor llegara a la planta donde se hallaba la sede de Trish Cosmetics se dio cuenta de que ni se había mirado al espejo. Se había colgado el bolso en el hombro y había salido por la puerta con total despreocupación. Ni siquiera había cogido el móvil de trabajo, a sabiendas de que tal vez Skeletor necesitase algo. Pero no, aquello parecía imposible, lo había dejado muy bien acompañado por Susana.

Volvió a entrar como un terremoto en la oficina y se fue disparada al baño, donde siempre había productos Trish y un gran surtido de maquillaje de las mejores marcas. En aquella oficina nunca faltaban muestras de las últimas novedades.

No tenía mal aspecto en absoluto, y el sol del mediodía le había dejado un bonito tono rosado en las mejillas —¡sí! a pesar del protector solar— del que ya se preocuparía al día siguiente. Rápidamente, pues sospechaba que Álvaro ya la esperaba abajo, se aplicó un poco de corrector con una esponja, una pasada de bronceador y un toque de pintalabios líquido. Las largas pestañas parecían en su sitio. Acomodó su larga melena rubia sobre el hombro izquierdo, esparció un poco de spray fijador en el rostro y volvió a salir pitando de la oficina, ante la mirada atónita de Lucas.

—¡Bendición! —le gritó a su *assistant*, justo antes de dar un portazo.

Natalia llegó a la planta baja del edificio. A pesar de que la hora habitual de cierre de oficinas era las siete de la tarde, por allí pululaban aún algunos empleados de otras empresas y de la propia Trish Cosmetics. Miró al frente, hacia la calle, y allí en la acera, y apoyado en un coche que permanecía aparcado, la esperaba Álvaro, vestido totalmente informal y con el pie derecho descansando sobre su tabla con ruedas.

Lo decidió en dos décimas de segundo. Si Natalia albergaba alguna duda sobre el besazo que le iba a plantar en cuanto se refugiase en sus brazos, que ya se iban abriendo para recibirla, esta se desplomó al instante. Aceleró el paso para fundirse con su cuerpo. Se permitió, desde aquel momento, seguir solo el dictado de su corazón y olvidarse de sus rasguños del pasado. Si sus heridas se reabrían ya haría todo lo posible por volverlas a cerrar. Pero no podía seguir reprimiendo lo que de verdad deseaba, que era dejarse llevar con Álvaro.

El grito de Nerea llegó un pelín tarde: Natalia ya había puesto un pie sobre su estúpido monopatín, que por algún motivo se le había escapado del pie que lo sujetaba y se deslizaba sin control por la acera en dirección a un perplejo Álvaro.

Natalia tardó unos segundos en reaccionar y comprender lo que estaba sucediendo. En lugar de tropezar con la maldita tabla de juguete con ruedas que últimamente pululaba por la oficina y caerse de bruces, su cuerpo se mantenía en equilibrio sobre ella de la manera más torpe y ridícula mientras ponía el grito en el cielo. Fue horrible. Se sintió como Sandra Bullock en una de esas comedias absurdas de Netflix.

Álvaro reaccionó muy rápido, soltó su propia tabla y echó el cuerpo hacia delante para interceptarla y evitar que cayera en la calzada, por la que pasaban coches. El ridículo monopatín de Nerea llegó a los pies del campeón de *skate* Álvaro Súñer, que lo detuvo hábilmente con el talón antes de tener que lamentar una desgracia. Lo siguiente que pasó es que con el brusco frenazo Natalia fue a parar directamente a sus brazos. Él la sujetó con fuerza para que no cayera, y

acto seguido la abrazó.

Lo rodeó con sus propios brazos. Detrás de él, el Álvaro de cincuenta metros de altura gobernaba la ciudad con gesto desafiante. Él le apartó un mechón de pelo de la cara y acercó sus labios a su oído derecho.

—No ha estado nada mal, veo potencial...pero creo que vamos a tener que darte unas clases de *skate* para asegurarnos de que llegas al final del día sana y salva...

Natalia enterró el rostro en el cuello de Álvaro, muerta de la vergüenza. A su espalda oyó alboroto, y enseguida se acercaron Nerea y Rosa, otra de las chicas del equipo de marketing. ¡Maldita Nerea! (por cierto, ¿no es de extrañar que incluso exista un grupo que se llama exactamente así!). Le entraron ganas de estrangularla allí mismo y preguntarle si tenía siete años, para ir dejando sus juguetes por ahí tirados, pero se contuvo, porque lo que quería en ese momento es que aquellas dos se esfumaran de allí a la voz de ya. Demasiado tarde. Las dos ya habían avistado a Álvaro y no perdieron ni un segundo en revolotear por allí y chafarle su momentazo romántico.

—¡Nata! ¡Nata! ¡Por poco te matas! ¿Estás bien? ¡Lo siento tantísimo! Se me ha escapado el monopatín sin querer... ¡Me quiero morir ahora mismo!

Pero Natalia no estaba dispuesta a permitir que la cruda realidad le arrebatase aquel momento. Álvaro aún la sujetaba entre sus brazos y ella ya lo abrazaba con el cuello erguido, buscando sus labios, buscando la salida, buscando perderse con él en las mismas calles en las que se habían encontrado por una brusca casualidad, por un destino empecinado en que sus caminos se cruzaran.

Álvaro la besó de una manera que derritió cada una de sus dudas.

—No creo que sea suficiente con una sola clase, míster Súñer...

—Yo tampoco. Por suerte. Déjame acercarme un poco más a ti. Todo irá sobre ruedas, te lo aseguro...

NOTA DE LA AUTORA

Este ha sido un final que es en realidad un inicio... ¡Sí! Este es solo el principio de la historia de amor entre Natalia y Álvaro en una ciudad que los abraza y que también los reta, con trabajos exigentes —los de ambos— que deberán compaginar con su proyecto en común. ¡Y también es el arranque de TRISH COSMETICS! Porque...¿y Mónica? ¿Qué será de ella y de la desastrosa historia a tres bandas de la doctora Arqueros? ¡Próximamente podrás leer su historia!

TRISH COSMETICS es una miniserie de novelas breves que se pueden leer de forma independiente y que narran la historia de las integrantes de la compañía de cosméticos más joven y dinámica de la ciudad. ¡Permanece atenta a la próxima entrega de esta nueva serie de romances urbanos!

SOBRE LA AUTORA

Elsa Tablac combina su trabajo en el ámbito del marketing con su gran pasión: la escritura. También disfruta con la música en directo, el cine y las novelas románticas y policiacas. Actualmente reside en Barcelona. Aunque escribe desde hace muchos años, las tres historias que componen la trilogía CATRIONA son sus primeras novelas, seguidas de LA ESPÍA QUE TE AMÓ y CINCO VERANOS HASTA ENCONTRARTE. Puedes contactar con ella y seguir sus novedades a través de Facebook y Twitter (@elsa_tablac).

¿Te ha gustado esta historia? ¡Genial! Te agradecería eternamente si pudieras dedicar un minuto a escribir un breve comentario en Amazon, Goodreads, o tu propio blog o redes sociales favoritas. Las reseñas, aunque sean breves, son cruciales para los autores independientes y me ayudarán enormemente a publicar nuevas historias. ¡Mil gracias! :)

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi newsletter haciendo clic [aquí](#). Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

LA ESPÍA QUE TE AMÓ



Emma trabaja en una agencia de detectives. Y las cosas no le van nada mal, si no fuera por su desastrosa vida sentimental y en especial por ese cantamañanas de Mateo, que no le trae más que quebraderos de cabeza. Así que lo mejor es, hasta que amaine el temporal, pasar de los hombres. Centrarse en el trabajo, el yoga, el gato, las amigas... Hasta que un buen día cae en sus manos el misterioso caso de Lloyd Cooper, un guapísimo británico que va y viene por la ciudad desde hace unos meses, con una turbia historia familiar a sus espaldas y al que Emma deberá investigar.

Hasta aquí todo bien.

Siempre y cuando no te enamores del hombre al que has de seguir.

Ni él de ti.

LA ESPÍA QUE TE AMÓ es un nuevo romance urbano, fresco y con un toque de intriga, de la autora de la trilogía CATRIONA.

CATRIONA. TRILOGÍA COMPLETA



Este pack reúne en un solo volumen las tres novelas cortas PRISCILA DESLUMBRADA, PRISCILA DESBORDADA y PRISCILA CAUTIVADA. Una historia de amor urbano plagada de arte, música y fantasmas de carne y hueso.

El problema cuando te enamoras de un músico es que el escenario lo agiganta y a ti te empequeñece. Pero a mí no me pasará...

Ni en un millón de años Priscila hubiera imaginado que caería tan rápido en las redes del atractivo Matt McAllen, cantante y líder del grupo de rock Catriona, tras su ruptura con Álex. Y sin embargo, lo que parecía ser solo un fugaz amor de verano en la ciudad está a punto de arrasarla. ¿Acaso creía que iba a ser fácil?

Priscila no solo luchará por mantener el control sobre sus sentimientos y lo que comporta colarse por alguien tan magnético. También deberá sobreponerse a una sombra con nombre de mujer que pertenece al pasado de Matt y ahora planea sobre ellos convertida en un inquebrantable misterio.

[CINCO VERANOS HASTA ENCONTRARTE](#)



¿Puede un amor interrumpido durante cinco años volver a ser el que era?

Miranda vuelve a casa después de cinco años viviendo en Noruega, soltera y dispuesta a empezar una nueva vida. El verano está al caer, tiene vacaciones hasta septiembre e incluso Ruth, su mejor amiga, está en la ciudad para pasar unas semanas. Pero se acerca el solsticio de verano. La quinta noche de San Juan desde que Miranda se separó de Isaac, ahora convertido en un saxofonista de jazz de gran éxito. Esa noche Isaac, derrotado, aceptó su marcha y el desmoronamiento de su relación, al tiempo que le rogaba que se encontrasen en el mismo sitio y a la misma hora, dentro de cinco años.

No lo ha visto desde aquella noche. El momento se acerca y la curiosidad puede con ella. En su memoria solo quedan buenos recuerdos, así que no puede evitar asomarse a uno de sus recitales en un club de jazz nocturno. Y ahí está él. Convertido en el hombre más atractivo que ha visto en siglos. Miranda siente que la llama podría encenderse de nuevo y convertirse en toda una hoguera durante esa noche de San Juan, pero, ¿se acordará Isaac de su cita?

Un nuevo romance urbano, breve e intenso, de la autora de LA ESPÍA QUE TE AMÓ y la trilogía CATRIONA. Perfecto para devorarlo en una tarde de verano...y en cualquier momento del año!